

NUNEZ DE CACERES

F
2307
.5
N9

UC-NRLF



B 3 631 638

LEY LIBRARY



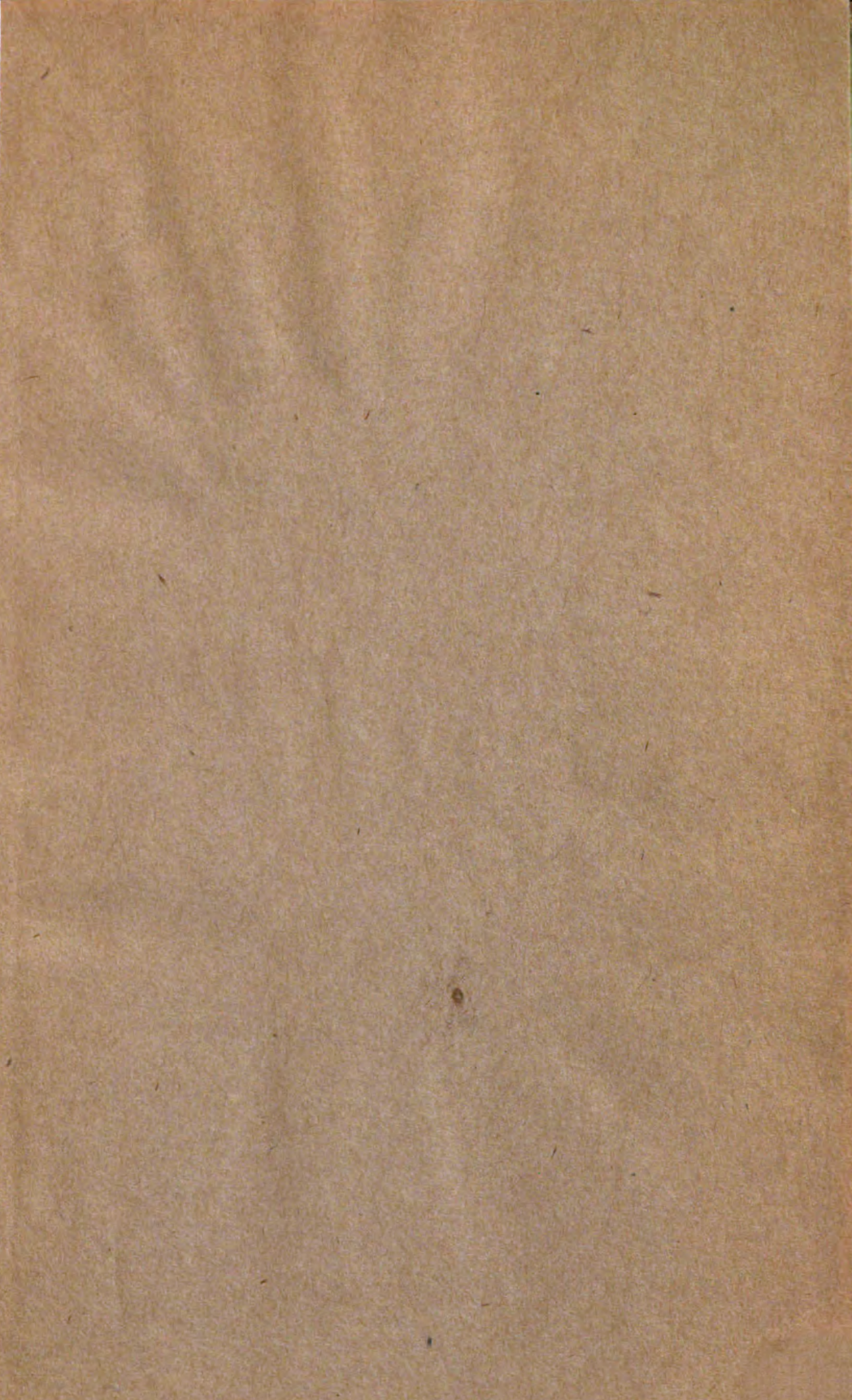
~~BANCROFT~~
~~LIBRARY~~

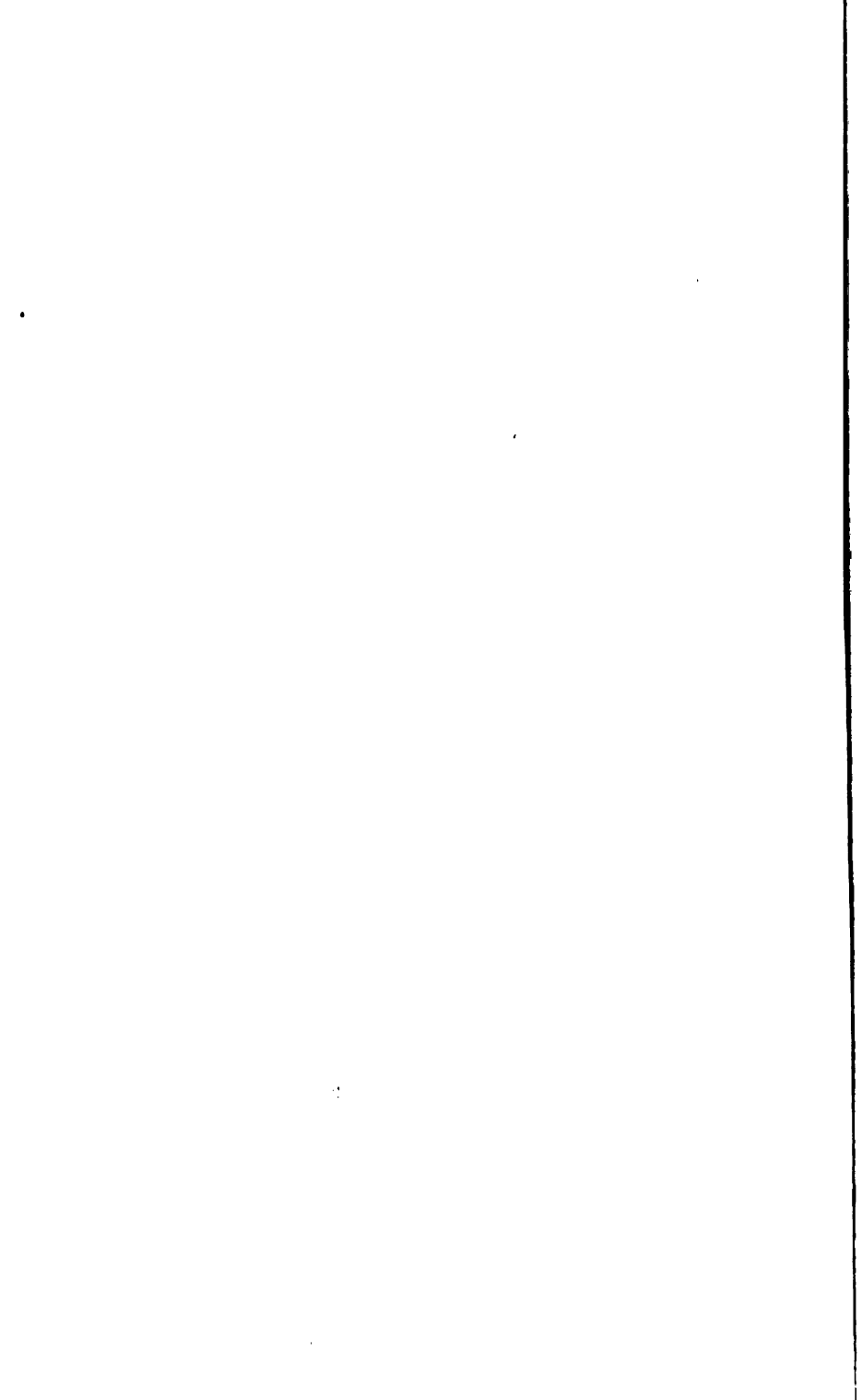


THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA

Theo H. Crook Collection

Bancroft Library
University of California
WITHDRAWN





PENSAMIENTOS SUELTOS

POR

JOSÉ NUÑEZ DE CÁCERES

PRIMERA SERIE



CARACAS

IMPRESA DE "EL REPUBLICANO"

1894



PENSAMIENTOS SUELTOS

POR

JOSÉ NÚÑEZ DE CÁCERES

0.001

.5

Na

0.001

PRÓLOGO

Estas líneas no son un prólogo; porque, dar á conocer una obra de la naturaleza de ésta con que enriquece hoy las letras patrias el señor Doctor Núñez de Cáceres; obra que no es un *libro* y que, sin embargo, contiene en cánones la materia de muchos *libros*; empresa es de todo punto superior á nuestras fuerzas, que no son poderosas por cierto.

Mucho menos exponen un juicio crítico.

De lo que sí nos vanagloriamos es de tributar con ellas testimonio de público aplauso á uno de nuestros más estimables ingenios, que, á pesar de innumerables vicisitudes, dedica el escaso vagar de sus quehaceres laboriosos, á la seria ocupación de la literatura; (que no es pasatiempo pueril) y que así redime del olvido las tradiciones del patrio hogar, consagrándoles perdurable recuerdo en su *VENEZOLIADA*, como exprime sus largos y variados estudios en estos *PENSAMIENTOS*.

¿Por qué se nota en ellos cierto tinte de desoladora filosofía, que asombra al alma, llevando á su espejo algo que la inquieta como la duda, y la destroza como la desesperación?

¿Será que de lo que abunda el corazón habla la lengua?

Nada de eso.

El Doctor Núñez de Cáceres, feliz en su hogar porque la Providencia le ha regalado una compañera que endulza para él las amarguras de la vida, con la exquisita miel de sus virtudes: feliz en su hogar por la presencia de los hijos de su amor: feliz en su hogar por el testimonio de su conciencia; expone en estos PENSAMIENTOS, no *ideas* que constituyen una profesión de fé filosófica, sino *observaciones* sugeridas por el estudio y la meditación.

Si en los PENSAMIENTOS del Doctor Núñez de Cáceres hay desoladoras verdades, es para expresar consejos saludables; nunca creencias íntimas, que dicta el desencanto y profiere la misantropía.

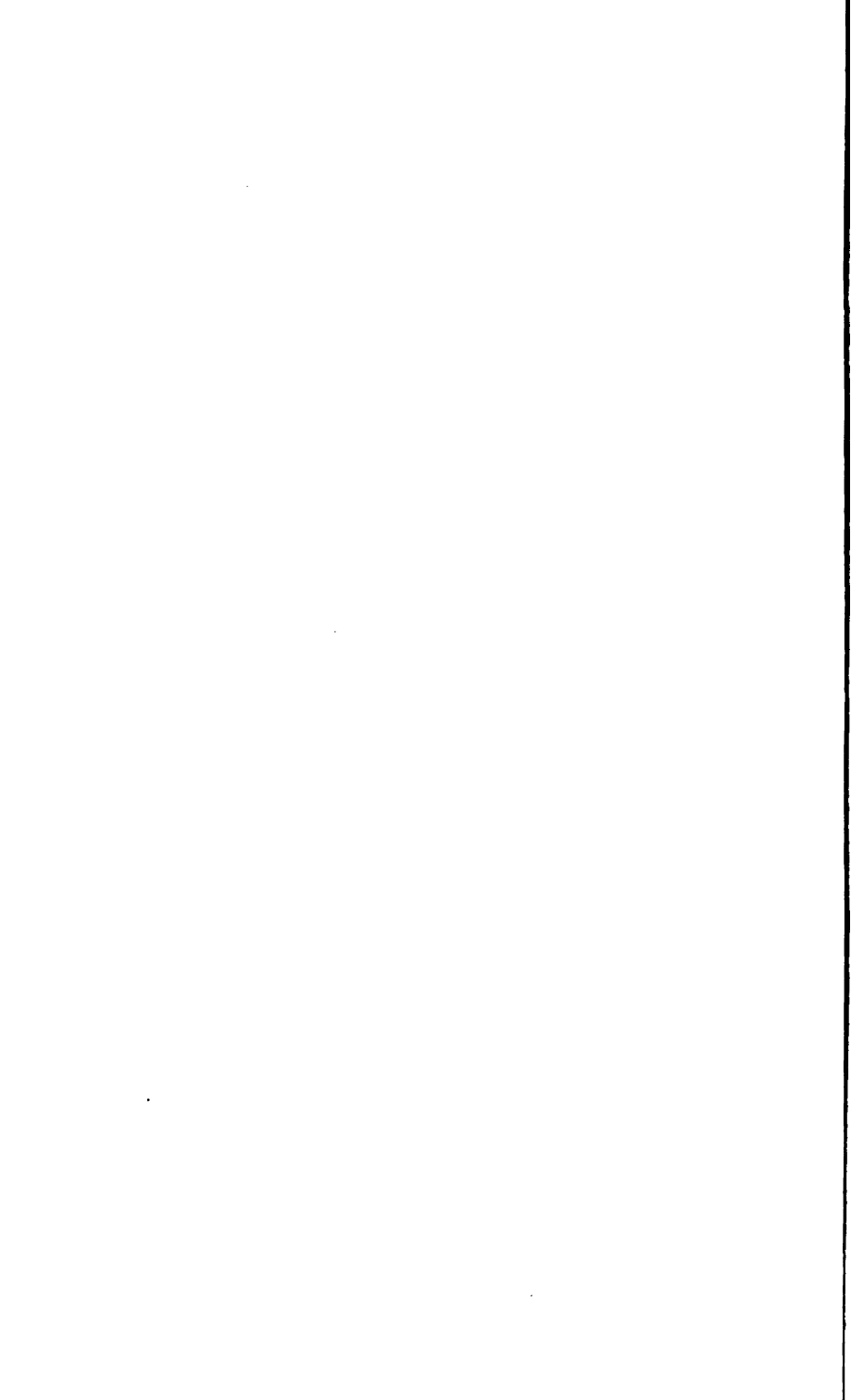
• Sirva ésto de clave para los que no conocen personalmente al autor.

Por lo demás, esta publicación comprobará el acertado juicio de nuestro ilustrado compatriota el señor Felipe Tejera, acerca del Doctor Núñez de Cáceres, que ocupa merecido puesto en los PERFILES VENEZOLANOS, obra de aquel distinguido literato.

MARCO ANTONIO SALUZZO.

Caracas, Noviembre de 1881.

PENSAMIENTOS





PENSAMIENTOS SUELTOS



Cuando Ulises decía á su hijo Telémaco: “que los dioses te hagan desaparecer de la superficie de la tierra, si algún día has de faltar á la verdad,” estaba diciendo un gran embuste.

El libertino se conduce como animal con todas las mujeres, el enamorado se siente simplemente un hombre : el amante se cree un angel.

Quedará completamente probado que puede haber felicidad sin dinero, el día que haya pobres que no deséen ser ricos, y ricos que quieran ser pobres.

La esperanza tiene tanto ascendiente sobre nuestros deseos, como el temor sobre nuestras esperanzas.

La esperanza es con frecuencia una ironía del destino : es un sarcasmo con que el verdugo martiriza á su víctima.

Nunca podemos triunfar del amor, sino después que nos ha vencido.

Con frecuencia cuesta más caro probar una virtud que dar un mal jemplo.

Si Dios se diera á conocer á los hombres, á los pocos años le harían la revolución. }

Si es verdad que nadie, ni el más perfecto, puede vanagloriarse de no haber sido alguna vez despreciado, no lo es menos que hasta los más despreciables han sido con frecuencia objeto de alguna alabanza ó aprecio de alguien.

Hay almas como el corcho que se resisten al lustre.

Con frecuencia nos hemos á solas condenado á nosotros-mismos con más severidad, exactitud y justicia que todo el público.

La mayor parte de los vicios y virtudes no han sido pesados con exactitud.

No nos contentaríamos con nuestros méritos y virtudes, si pasasen inadvertidos en quien los tiene.

La candidez de nuestra presunción, la sinceridad de nuestros juicios y la buena fe de nuestra conciencia, aunque engañada, son casi siempre la causa de nuestro orgullo ó vanidad ; porque es también casi de buena fe que creemos en nuestro mérito.

La sogá revienta por lo más delgado, y el amor por lo más grueso.

El amor es un trágico sainete, y el matrimonio una cómica tragedia.

Las ilusiones del amor son hojas de adormidera que se inmutan con el contacto.

El amor es una especie de ave fénix que renace, no de su propia ceniza, sino en nuevo nido, ó en el ageno.

El matrimonio es la botica donde se encuentran todos los remedios que curan el amor vulgar de los enamorados. idem.

Tan propensos son los gobernantes á la tiranía, como los pueblos á la servidumbre.

El amor es como la mordida del perro que, según se dice, se cura con los pelos del mismo animal.

La vejez es un espejo en que nunca se mira la juventud, por más claro que esté.

El dinero es para el amor lo que el aseó y la pintura para las casas viejas : se están cayendo, y parece que son nuevas.

Seríamos enemigos de todo el mundo si poseyéramos el dón de saber siempre, ó de adivinar, todo lo que todos dicen de nosotros, hasta nuestros mejores amigos.

El matrimonio es una pésima traducción en pros de bello idilio que el amor escribe en verso.

El amor se lleva al matrimonio como se lleva al pote la flor cortada para ostentarla como en vigor y fresca algunas horas antes de marchitarse.

El amor se baña en el Hipocrene como soltero, y en el Leteo como casado.

La luna de miel es el tiempo en que los consortes vulgares aglomeran con afán las nubes que pronto han de encubrir la y oscurecerla.

El amor sería más duradero ó más fácil de restablecer, si tuviéramos, como para la ropa sucia, donde mandarlo á lavar.

Un mal matrimonio es la espina de la rosa llamada amor.

Los hombres de virtud y méritos, siempre tienen algo que envidiar á los ricos; á los pobres, nada! Mas los pobres á los ricos, todo.

Los celos se han definido de muchos y diversos modos: yo creo que los animales saben de eso más que nosotros.

Hay mujeres como ciertos manjares, de mala vista, pero de buena sustancia; y viceversa.

El amor como es niño, al fin gusta de romper los juguetes que solicitó llorando.

Las pruebas de amor rara vez se dan, después que se reciben.

Los héroes son una especie de hombres que al favor de la Fortuna se hacen grandes con el esfuerzo de otros miles; los sabios son grandes por los dones de la naturaleza, y á esfuerzos propios.

Hay hombres que sólo sirven para tener hijos, y mujeres que sólo sirven para parirlos.

De las variadas plantas de que se compone el jardín conyugal, hasta las malvas y verdolagas tienen espinas.

Otra ventaja de la ignorancia sobre la sabiduría, es que ésta, si es verdadera, no tiene para qué engañar á los otros, ni puede reirse de la agena credulidad; mientras que aquella se ríe á solas porque logra con frecuencia engañar no sólo á los necios sino también á muchos de los que el mundo reputa como sabios y cuerdos.

Más digno de admiración es lo que ignora que lo que sabe el hombre.

El mejor amigo será siempre más franco en comunicarnos sus pérdidas que en revelarnos sus ganancias.

Todavía es más posible el amor entre viejo y vieja, que la amistad entre mozo y moza.

Nada ama más el envidioso que la causa de su odio.

Es probable que el mundo por ser tan malo nunca se acabe.

La traición y la ingratitud son las hijas mimadas de Satanás.

Un elogio inmerecido, y sobre todo á distiempo, nos es á veces más perjudicial que un insulto.

El amor es con frecuencia el sucesor de la amistad ; pero ésta nunca lo será de aquel.

En los ricos se desestiman las cosas, en los pobres las personas.

El conocimiento del mundo es una ciencia muy fácil de adquirir, y muy difícil de practicar.

Hay hombres que al fin se hacen ridículos por sus buenas cualidades, y otros interesan por sus defectos.

Más nos acordamos de Dios en nuestras desgracias para pedirle remedio, que en nuestras felicidades para darle gracias.

La conciencia es un gusano que roe los corazones blandos ; pero nó los endurecidos.

Los hombres más brillantes por sus méritos lo son diez veces menos si son pobres, y cien veces más si son ricos.

El amor es un jardín que se riega cuando soltero para cojer sus flores, y se estercola cuando casado para cojer sus frutos.

Una de las ventajas de la ignorancia sobre la sabiduría es que de nadie es envidiada, y por consiguiente de nadie perseguida.

El tiempo es un espejo en que los jóvenes se miran por delante, y los viejos por detrás.

En el amor entre un hombre rico y una mujer pobre, ó viceversa, hay sin duda una ilusión ; pero dividida en dos, una para él y otra para ella.

Más agradables deben ser á los ojos de Dios las obras de los hombres que cumplen con la humanidad, que las de los que cumplen con Él.

El amor cuando es abeja abandona inmediatamente la flor en que chupa la miel.

Es más fácil al pobre ejercer diez virtudes, que al rico evitar un vicio.

Vivir peleando con la humanidad por sus vicios ó defectos : eso es vivir peleando consigo mismo.

La lei vive amenazando con gritos al reo vulgar, con señas al criminal rico, con regaños al inocente pobre, y con bostezos al poderoso.

El que parece joven en la vejez, es porque se condujo como viejo en la juventud.

El amor es á veces tan mal consejero como el odio, y á veces peor.

La realización de los deseos es la bancarrota de las ilusiones.

Hay una modestia solapada que es mil veces más pretenciosa que otra alabanza propia, ó vanidad expuesta con franqueza y descaro.

La muerte de un malvado aborrecido de la sociedad nunca es agradable á los que de él ó por él vivían con provecho, y rara vez dejará de ser sentida por ellos como una pérdida sensible.

¿ Por qué ponen tanto afán en desacreditar á Dios los que no creen en Él ?

Precisamente cuando uno no tiene necesidad de los amigos es que tiene la casa llena de ellos.

¿ Por qué no esperar algo de Dios cuando nada alcanzamos del hombre ?

Para dominar á la mayor parte de las mujeres basta conocer su clase de apetito, adivinar su género de extravagancia ó llegar á la hora menguada.

Nunca confesamos de buena fe, ó por lo menos de buena gana, los méritos y virtudes de los que nos han ofendido.

La más sensible de todas las ofensas es aquella que se nos hace con razón.

El sabio pobre en sociedad cede la palabra al rico, no porque éste se la quita sino porque los demás se la dán á él solo.

El que perdona á un ingrato es un hipócrita generoso.

¿Quién podrá adivinar por dónde es que Dios se ha de salir con las suyas? ¿Y quién que fuera Dios sería tán tonto que lo revelase? Valdría más entonces ser hombre que ser Dios.

El empeño del hombre es querer adivinar quién es Dios, prueba que todavía no ha olvidado los consejos de la serpiente.

Cuanto más abre uno los ojos para contemplar con delicia las buenas cualidades del objeto amado, tanto más los cierra para desconocer sus defectos.

En Venezuela cada uno espera lo bueno de las cosas, para después de su muerte.

El amor es una especie de tibur que engaña en todas las casas de su juego, aun dejándose ver las cartas.

Hay hombres tan tenaces en correr constantemente tras de una fortuna, que con igual tenacidad los repela ó desdeña, como los hay en despreciar los favores que ella les hace con sorprendente ligereza y facilidad.

Las pruebas fortifican la amistad, y debilitan el amor.

Menos desagradable es la compañía de una mujer ignorante y sin educación, pero modesta; que la de una ilustrada y culta, pero bachillera y latiniparla.

Para un triunfo de mil razones contra una sola pasión, hay mil victorias de éstas sobre aquéllas.

El papel que hacen los pobres entre los ricos, se parece al que hacen los viejos entre los muchachos.

El pobre obsequia al rico siempre con intento de aprovecharlo en algo: si el rico obsequia al pobre, es, si no para aprovecharlo, para que no le siga pidiendo.

Hay cabezas tan de piedra que nunca han dejado escapar una sola chispa siquiera.

Pedir limosna á un avaro, es insultar á los demás, creyéndolos iguales.

Cuántas veces no han valido de nada los talentos y las gracias personales, la constancia y habilidad de un hombre, su honor, amor y dolor, para vencer con buenas intenciones a una mujer sin méritos; al paso que han bastado una torpeza de ocho pises, un obsequio vulgar y pobre, un libertinaje de mal gusto y al fin una mala intención para triunfar de una mujer de méritos, belleza y orgullo.

La ingratitud es la letrina del alma.

La estricta fidelidad que hace tan interesante la virtud de una mujer, no deja de tener mucho de ridículo en el hombre.

Nunca nos alegramos sinceramente de que nuestro pobre y mejor amigo se haya enriquecido.

Vistas las cosas por el lado filosófico, más honra el celo indiferente o desdén con que el rico mantiene á raya al pobre, que la afabilidad de carácter protector y postiza democracia con que aquél suele mostrarse á éste para darse aire de popular. Con lo primero expresan sinceramente que no les convenimos, ó que nos temen como á esas pestes que es necesario mantener en cuarentena, mientras que con lo segundo revelan una hipocresía y falsedad que nos ha nilla, aunque nos sea útil.

Un matrimonio sin hijos es como una casa hermosa pero sin techo, en que se vive expuesto á la intemperie aunque corra buen tiempo.

Venezuela es el país donde hay menos cabezas propias para pensar, y más juicios ajenos que seguir.

Nuestros padres no nos han creado, ellos no han hecho sino engendrnarnos; por tanto lo uno es de Dios, lo otro es del hombre, y por consiguiente, el primero es el responsable, el segundo el encargado.

Todo el orden de la América latina no es otra cosa que un desorden de primer orden.

Los caballeros andantes peleaban por su dama y por su honra: los venezolanos caballeros pelean por su hambre y por su bolsa.

¿Qué culpa tiene el corazón de ser superior á la cabeza, para sentir contra el juicio, ni qué culpa tiene la cabeza de ser más juiciosa que el corazón para pensar contra el deseo?

Todavía es más natural el amor de un rico á un pobre, que el de un pobre á un rico.

La amistad ó trato que pudiera haber entre un rico y un pobre, se desvanece á ocultas ó á las claras, desde el momento en que ó él uno pide ó él otro dá.

Un hombre sin méritos, aunque sea honrado; y una mujer sin virtud, aunque sea hermosa, son, el uno como una buena comida sin sal, la otra como un buen postre sin dulce.

Las bodas de viejo con joven, no son otra cosa sino el abuso que hacen ambos sexos de sus derechos negativos, so pretexto de santo matrimonio, y á la sombra de fórmulas que basta llenar para obtener un fin, dejando de cumplir un principio y hacer un deber.

Loz venezolanos gustan tánto de la libertad; sobre todo, los libertadores, que no hay quien no quiera tenerla él solo quitándosela á los demás.

La indignación que produce en los hombres la noticia de que una mujer codiciada ha sucumbido á un seductor, no es absolutamente compasión á la desgracia de aquélla, sino envidia á la fortuna de éste.

El amor es el patriarca de la juventud y el tirano de la vejez; pero de los pobres es el diablo estafermo.

Más difícil nos es hacer un pequeño bien en secreto, que una gran obra de caridad en público.

Las mujeres se quejan de que los hombres las engañan, sin acordarse que casi siempre son ellas las que quieren ser engañadas.

Cuando nos dan, aunque sea mucho, siempre creemos que recibimos poco; y cuando damos, aunque sea poco, siempre creemos que han recibido demasiado.

Un viejo podrá sacar son en el amor; pero es el son que se saca del harpa vieja, á la cual se le van las voces.

Tanto pueden concurrir al engrandecimiento de un hombre las grandes virtudes como los grandes crímenes... pero éstos con más seguridad, y con mejores resultados.

Tratamos con menos embarazo al rico que de cualquier modo que sea habíamos tratado antes, que al amigo que acaba de enriquecerse.

La pobreza tiene más inconvenientes y más perjudiciales tropiezos que la deshonra.

La mayor parte de las mujeres se casan más por plantear el problema, que por despejar la incógnita; mientras que los hombres más por despejar ésta, que por plantear aquél. De lo cual deducimos que en la operación hay cálculo en la mujer, y en el hombre falta de raciocinio.

No hay virtudes, aun las más brillantes que sean, que no se oscurezcan en un hombre usurero y avaro.

Parece que el hombre nace con dos bolsas: una que siempre desea llenar, y otra que siempre desea vaciar.

Más llevaderas ó menos desconsoladoras son las ofensas de mil contrarios, que la traición de un solo amigo.

Se puede tener una perfecta buena conducta en el concepto general del público; pero nunca para el concepto de la propia conciencia.

En los trenes del amor el primer beso es ya el billete de entrada que los libertinos toman siempre para el viaje de ida y vuelta.

En Venezuela todo es bueno, hasta lo malo; todo es malo, hasta lo bueno; menos cuando lo bueno, lo útil y lo malo es necesario.

Nuestros gobiernos no escojen sino cojen sus hombres.

La conducta y efectos de amor en Pedro y Juana, que se aman, aparecen á los ojos de Petra y Juan, que no están enamorados, como aparecen los más sabrosos manjares al apetito de aquellos que no tienen hambre ó están repletos.

Muchas veces es más fácil engañar á un vivo que á un tonto; como es más difícil á veces seducir á un viejo que á un joven.

No hay infierno que tenga más glorias que Venezuela.

La mayor parte de los lectores juzga del libro que lee por lo que ha oído decir de él, y no por lo que él dice.

La generalidad de los hombres prodiga sus alabanzas á la virtud y sus vituperios al vicio, para disimular el olvido en que tienen á aquélla, y el homenaje que rinden á éste.

Cuántos hay que habiendo tenido á menos ser amigos de Pedro cuando éste era pobre, pero bueno; tuvieron después á honra ser sus viles aduladores luego que fué malo, pero rico.

El amor es el capitán que recibe mayor número de enganchados antes de sus batallas, y el que cuenta mayor número de desertores después de sus victorias.

La sabiduría, por grande que sea, siempre deja ver que es hermana menor de la ignorancia, á quien sin pensarlo obedece á cada instante.

Todos los libros agradecerían á todos, si todos conviniere con nuestros gustos y halagaran nuestras pasiones.

Cuántas veces una obra de caridad que hemos hecho nos sale mas cara que mil malas que hicimos, y otras mil buenas que dejamos de hacer.

El verdugo nunca aborrecerá, ni menos perseguirá el crimen.

Menos parte tiene Dios en nuestras felicidades que en nuestras desventuras.

En los ricos tenemos que sufrir la mala crianza, y en los pobres la crianza mala.

El amor es una especie de cojera que se conoce en aquel que la tiene aunque esté sentado.

El amor que tiene tanta elasticidad para el sufrimiento; pronto, ó se encoje ó revienta en el placer.

Toda obra, en lo bueno y en lo malo, siempre contiene cosas que no parecen del mismo autor.

Las riquezas son el vaso tapado que contiene multitud de inmundicias, ó el que sirve para taparlas todas.

El amor termina más pronto en su carrera que la amistad en la suya, porque aquél corre hacia un fin, y ésta hacia un principio.

La virtud es el sacerdote de consuelo que acompaña la pobreza á morir en el suplicio de la paciencia.

Somos buenos, pero pobres....! que si siquiera fuéramos malos, pero ricos!

“Ver y creer” dijo el Didimo; pero en muchos casos lo más seguro es no creer aun después de haber visto.

Al amigo que visita á tu mujer, por bueno que sea, préstale la fé y confianza que te prestabas á tí mismo, cuando visitabas á las ajenas.

Acuérdate del modo con que recibes en tu casa á un pobre, para que tengas ó no derecho de indignarte por el modo con que te reciben en las suyas los pobres, si eres rico; y los ricos, si eres pobre.

Castigar la vanidad del necio es difícil; hacérsela comprender sería milagro, pero hacérsela abandonar es imposible.

Con frecuencia sucede que los hombres más favorecidos de la fortuna son los que con menos gusto gozan de sus favores, los menos merecedores, y los menos hábiles para emplearlos, ni en el suyo ni en el ajeno provecho.

A veces hemos entendido á un mudo por sus señas, y no á un hablista por sus brillantes frases.

Con frecuencia nos ha sido más provechoso en un momento dado el parecer grandes que el haberlo sido verdaderamente.

Cuando hables mal de los ricos, sin más razón que la de tener ellos, y tú no, acuérdate de que algún día la fortuna puede ponerte en compromiso con tu propia lengua.

Hay muchas mujeres que no sirven ni para queridas, ni para requeridas.

El amor sienta tan bien en los viejos como los aguilaldos en viernes santo, y el miserere en Noche Buena.

El amor es como la abeja: muere luego que clava el aguijón; es decir, perece por el placer de picar.

Nunca somos tan felices como créen los demás, ni tan desgraciados como lo creémos nosotros mismos.

El amor es un jardín de fragantes y deliciosas flores, que se riega cuando soltero y se estercola cuando casado.

Todos los pobres nos alabamos de nuestro desinterés, y decantamos constantemente lo que haríamos si tuviéramos ó si llegáramos á tener dinero algún día; pero hasta el de hoy, después de llegado el caso, ninguno ha sabido probar lo decantado ni cumplir lo prometido.

Casi siempre sucede que, cuando blasonamos de no necesitar de nadie ni de nada, es precisamente en el momento en que verdaderamente necesitamos de todos, y de mucho.

El dolor de muchas viudas es demasiado acerbo para que dure mucho tiempo, sin que éllas dejen de aplicarle el remedio, ó buscarle consuelo de cualquier modo.

No debiéramos admirarnos de que á ciertas mujeres no les falten hombres, si nos acordáramos de que hay hombres á quienes, si no fuera por aquéllas, siempre les faltaría mujeres.

El amor es una enfermedad que siempre termina en su lecho de muerte.

El amor vive en el corazón de los solteros, y en la cabeza de los casados.

El matrimonio, si bien lo observamos, es doblemente criminal; pues no solamente es el verdugo del amor, sino el asesino de su pasión.

Los hombres de bien son los únicos que sostienen y defienden la virtud, hasta el día en que la temen por haber cometido el primer error contra élla. Entonces les estorba para alguna vanidad ú orgullo nacientes, para alguna adquisición inesperada, ó para algún interés que antes no habían tenido.

El niño amor vuela dos veces solamente: una cuando viene para hacer travesuras, otra cuando se va avergonzado de haberlas hecho.

El matrimonio es una invención del diablo, cuando se pierde en los cuernos del mismo.

El hombre se casa por aquello de que todo el mundo quiere experimentar en cabeza propia.

Pronto pasan muchos casados á cansados.

El amor es un niño caprichoso que se disgusta, ó se va cuando le dán el juguete que pide, y por el cual llora.

De nada sirve el renacimiento de la humanidad y del corazón humano: lo que importa es aprovecharse de lo conocido.

Si los ricos no fueran tan vanos, debieran ver con desconfianza el amor de las mujeres, y con desprecio el de los hombres.

Dios sería muy pequeño si dejara conocer á sus pobres criaturas de este mundo quién, qué, cómo es Él, y dónde está ó no está Él.

El amor vulgar tiene con frecuencia un estómago tan delicado, que el más pequeño alimento le indijesta, y muchas veces le mata.

Fácilmente nos consolaríamos de un amor que nos hace infelices, si pudiéramos trasportarnos á un año después de la posesión, antes de haber poseído el objeto que nos atormenta, porque no lo podemos poseer.

El que se casa con viuda puede estar seguro de que no hace para su mujer otro papel que el de plagiario, y cuando más, el de traductor. Y falta saber si la traducción es inferior, superior ó exacta; y falta saber también si los aplausos que obtiene son los mismos que obtuvo el autor original.

Para cada hombre bueno hay diez mujeres mejores; pero una mujer mala es peor que cien hombres pésimos.

El temor de la muerte, hasta en los más incrédulos, consiste no solamente en el dolor de no vivir, sino en la incertidumbre del modo con que se seguirá viviendo.

Los ricos no dejan de tener su castigo sordo: si dan de su riqueza, abusamos de ellos, y de ésta; si la niegan, gozándola ellos solos, se nos hacen odiosos; y si la esconden sin dar á otros y sin gozarla ellos mismos se hacen á la vez odiosos y despreciables por una y otra razón.

El mejor modo de corregir á los amantes es darles rienda suelta, y el mayor castigo el casarlos.

Más créen los hombres en Dios que en el diablo, y por eso tienen tan poco temor del uno, y hacen tan poco caso del otro.

Las proclamas de los políticos son como las cartas de los enamorados, ó no cump'len lo prometido, ó no lo hacen derecho: ó lo hacen al revés de lo que prometieron.

Los pueblos en la política son como las mujeres en el amor; que nunca experimentan en cabeza propia ni en la agena, pues por más que sean engañadas, ó vean el engaño en otras, créen las promesas y juramentos de sus amantes, ó aceptan las disculpas de los maridos.

Es muy frecuente perder las ilusiones que nos había inspirado una persona, al descubrir en élla defectos que precisamente son notables en nosotros mismos.

No cuentes más con el amigo á quien hayas pedido en ciertas necesidades que él ignoraba; porque ó te quita la estimación que le inspirabas, ó te devuelve el prestigio que hayas podido inspirarle; y en todo caso, cuenta con que le dejas un vago temor de que lo sigas ocupando.

Siempre se considera como un chasco tener que favorecer á un amigo sin la esperanza de la recíproca.

La mayor parte de las mujeres parecé que tienen las lágrimas en el bolsillo, listas al comando de sus más triviales afectos é impresiones.

Con frecuencia es la vulgaridad y mal gusto de un hombre lo que más impresiona á una mujer.

La mujer es un paraíso durante el amor, un purgatorio en el matrimonio, y un infierno después que en éste fastidian.

La amistad verdadera y durable es una pasión exclusiva de los hombres; jamás de mujer y mujer, y mucho menos de mujer y hombre.

Quita los grandes y hasta los pequeños defectos á Washington ó á Bolívar, á Rómulo ó á Pompilio, á Sócrates ó á Platon, á Abraham ó á Moisés, á David ó á Salomón, á Solom ó á Licurgo, á Napoleón ó á Bismark, y ya que por sus pequenezes pasau por hombres grandes; quitaselos también á Guzmán ó á Monagas, á Rojas, ó á Andueza, pónselos á tu cocinero, y verás qué monstruo!

Hay mujeres como muchos violines que siendo los más feos son los que sueñan mejor.

Un viejo casado con una joven es la representación de la fábula al revés. A saber: del Tántalo abstemio y la uva sedienta.

Los hombres de gran mérito son los pararrayos de la envidia.

Los tontos pasan con frecuencia á malos, y los buenos á necios.

El envidioso representa á la vez cuatro papeles: el de criminal, el de juez, el de verdugo y el de víctima.

Los enamorados son los más amables de todos los impostores, y los más creídos de todos los embusteros.

Los hombres abandonan á las mujeres por hastío, las mujeres á los hombres por desprecio.

El arma más terrible del calumniador es la ausencia del calumniado.

Un viejo enamorado se asemeja á un niño haciendo el papel de viejo.

El altar es el cadalso donde los sacerdotes de Himeneo, con fiestas y regocijos, ahorcan al rapazuelo.

Más fácil le es á un rico ser enteramente pillo, que á un pobre ser enteramente hoarado.

La amistad entre un rico y un pobre es una farsa obligada que al fin pasa de difícil á importuna, y de comprometida á imposible de sostener por más tiempo, sin el carácter de baja adulación ó interesada servidumbre.

Nunca daríamos, si de antemano supiéramos que nos iban á negar la gratitud, ó por lo menos las gracias.

Hay también en el matrimonio sus días de fiestas de amor, por aquello de que en conuco viejo nunca faltan patatas.

El amor de una vieja es ya menos que campana de palo, espejo de hojalata, ó caldo de caracoles en botella de barro.

Al amigo enriquecido, si somos pobres, hasta nuestros servicios le estorban, hasta nuestros elogios fastidian.

Cuan triste es odiar á quien todos aman, ó amar á quien todos aborrecen!

En el amor se llora para obtener: en el matrimonio se obtiene para llorar, ó se llora por haber obtenido.

Con frecuencia sucede que somos tenazmente fieles con aquellos que nos son inconcebiblemente desleales ó inconsecuentes, y viceversa.

La rosa del amor puede convertirse por el matrimonio en una hermosa dalia; pero sin el perfume de aquélla.

Nada más triste que ponerse bajo la protección de un pícaro, ó tener que complacerle.

No se puede seguir teniendo amistad sincera con aquellos que aman, ó simplemente tratan á nuestros enemigos.

En los duelos lloran los hombres por buen parecer, y las mujeres por parecer bien.

No hay ningún género de parto, sin su género de dolor.

Por qué no esperar algo de Dios, ya que nada alcanzamos del hombre ?

El amor es un jardín ideal de flores naturales que se convierten en el matrimonio en flores fingidas.

El amor soltero se alimenta de flores, y el amor casado se harta de frutos.

La resignación y la paciencia, son una virtud de las impotentes, y no de las que pueden hacer frente á los males y vencerlos.

Las infedilidades que cometemos con las mujeres, nos deben advertir lo difícil que es evitar las de ellas con nosotros.

No es tener cien virtudes, ciento treinta honradeces, doscientas santidades, mil buenos sentimientos, y como otros tantos méritos del mismo jaez; sino tener, cien mil, ó ciento treinta mil, doscientos ó cuatrocientos mil pesos, lo que vale ó hace valer en el mercado humano.

No son de hierro, sino de oro las llaves de las puertas del cielo.

El amor es el numen de los poetas, la materia prima del novelista, el amigo de los enamorados, el compañero de los cortejos, el ayo de los tímidos, el payaso de los viejos, la mula de silla de los ricos, el esclavo de los poderosos, el ángel de los amantes y el delator de los casados.

La pobreza tiene mayores inconvenientes, y más perjudiciales tropiezos que la deshouna.

Un viejo marido podrá comunicar á su joven esposa amor y placeres, así como el mudo puede comunicar á los otros sus sentimientos é ideas, por señas ó morisquetas.

No se qué sea más de admirar, si lo que hace el dinero, ó lo que hace la pobreza.

La Historia es una vieja sempiterna que marcha constantemente á su juventud.

Más sabe resistir una mujer que ama, que una mujer que desea.

Tan imposible es adular de valde como amar sin interés.

Más disculpable es el ser cínico que ser hipócrita.

La humanidad es un desierto de vestigios vergonzantes, de malandrines á lo Don Quijote, de follones á lo Judas, de santos á lo Barrabás, ó á lo Dimas, y de héroes á lo Ganalón, en que las virtudes son raros oasis, moradas de uno que otro peregrino hambriento que se llama hombre de mérito, ó solitario anacoreta que se llama hombre honrado.

El amor es una tiranía del alma sobre el cuerpo: su desaparición es una venganza, ó una reacción de éste sobre aquélla.

Todos decimos que el hombre necesita del dinero para su bien propio; pero después que lo tenemos no se nos ocurre pensar que el dinero necesita del hombre para el bien ajeno.

Con frecuencia la fortuna favorece á los que la descubren, y no á los que la buscan.

La corrupción y los vicios en los pobres nos causan indiferencia ó desprecio; en los ricos nos causan, si no envidia, indignación.

Nunca creemos que tienen razón aquellos que con justicia se han visto obligados á ofendernos, ó á dañar á los nuestros.

Cuanto más dotado está un hombre de justicia y razón, tanto más le hacen sufrir estas dos facultades en los infortunios de la existencia.

Muchas veces habría valido más permanecer oscuros que haber brillado.

Si todos los hombres se propusieran no decir nada á las mujeres, pronto cambiaríamos de papeles, y seríamos requeridos á gritos.

Para los comerciantes vale más la carga que lleva un asno, que todo el *omnia mea mecum porto* de Séneca.

Los hombres persiguen al talento por envidia, y á la virtud por celos.

Tan contradictorio y desagradable es ver á un malvado fanático, como á un honrado ateaísta.

Al revés ó al contrario del amor, la amistad se vigoriza en la vejez, rejuveneciendo con los años.

Hay felicidades privadas que se lloran en público, y desgracias públicas que se festejan en privado.

Con frecuencia aprovecha más parecer grande, que serlo verdaderamente.

Se puede tener genio, talento, habilidad, saber y hasta amor, honra y valor, sin virtudes morales de ningún género, y viceversa.

Odiamos á los ricos, porque hacen acaso mucho menos de lo que haríamos nosotros si llegáramos á serlo.

¿Qué se harían los pobres, si desaparecieran los ricos que ellos detestan ; y los ricos si desaparecieran los pobres que ellos desprecian ?

No hay pobre que esté conforme con sus atrasos, ni rico que esté satisfecho de sus adelantos.

La injusticia de un padre es menos odiosa que el desamor de un hijo.

Las deudas son el descrédito que escarnece á los pobres, la pesadilla de los hombres honrados, el honor de las naciones, y la elegancia de los libertinos.

Muchos hombres se reírían interiormente de nosotros, si supieran que nos habían inspirado envidia.

Los ricos llegan á conocer la falsedad de los hombres, luego que pasan de la prosperidad á la pobreza : los pobres la olvidan luego que pasan de la miseria á la prosperidad.

¿Cómo puede el hombre que sufre dudar de una Providencia que rige el universo ? Si todo fuera obra del acaso, alguna vez por casualidad perderían los malos y ganarían los buenos.

Dichosos los malos acá abajo, porque ni cuentan con Dios, ni para realizar su ideal, que es la maldad, lo necesitan.

Las riquezas son un lecho perfumado de ceniza y estoraque, donde puede convertirse en brillante fénix el más odioso vampiro ó despreciable pajarraco.

El matrimonio de un viejo con una joven anuncia con un cuerno de clarín á todos los circunvecinos feudatarios una fortaleza de adoves sin foso ni estacada, cuya única guarnición de defensa es un mastín sin dientes, que con razón ó sin ella gruñe á todo el que pasa armado ó inerme.

Si nuestro deber humanitario se ciñera á dar únicamente á los que nos aman de corazón, bien disculpados estaríamos por no dar nada á los pobres.

La prueba irrecusable de que el amor es más del dominio del cuerpo que del alma, es que en la vejez ó no se ama ó no se puede ser amado, ó si ambas cosas tienen lugar, se convierte en escándalo y ridículo.

Más resiste una mujer que ama que una enamorada, y menos una que desea.

El amor es una especie de borrachera que se devanece ó apurando la copa ó repitiendo á menudo los tragos.

Lo más triste y ridículo de los avaros no es únicamente el no dar á los otros, sino el no darse á sí mismos; esperando hasta el infinito tener con qué darse mucho más.

La prosperidad ó la riqueza repentinamente adquirida son la epidemia más peligrosa para los buenos corazones.

Cuando concurrimos á la celebración de un matrimonio de viejo con joven, nos parece que concurrimos á esos ejercicios militares en que se simulan combates y derrotas.

En el verdadero comercio de la vida hacemos más quiebras con la mercancía virtudes que con la pacotilla vicios.

Las prácticas liberales y la realización de la República van por el camino de la tierra prometida que Abraham y Moisés nunca gozaron; como el Mesías que nunca llega, como el hoy no se fia mañana sí, como el ayuno de Galban, ó como el renacimiento de la caballería que nunca vió Don Quijote.

Nada nos causa más vergüenza que el amor luego que ha perdido todo la que tenía.

Cuando los políticos y partidarios se embarcan en principios del día, ó emprenden el viaje de la opinión de mañana, siempre toman por más conveniente el billete de ida y vuelta, que cuesta menos y dá más.

Para los maridos vulgares (y son la generalidad) luego que pasa la luna de miel les son preferibles la criada á la señora, ó la nodriza á la madre.

El viejo que se casa con una joven mujer, es como el perro del hortelano que ni come ni deja comer.

Más fácilmente se dá una mujer por interés ó vicio, que por amor.

Un beso es siempre un fiado de crédito á cuenta de mayor cantidad.

En los hombres ordinarios como Juan, el hombre es del vestido; en los finos como Pedro, el vestido es del hombre: es decir, que en éste no se puede sacar por el vestido quién es Pedro, mientras que en aquél por el vestido se puede á lo menos ver quién es Juan.

Para los que creyeron amar no habiendo sido su amor otra cosa sino un anheloso enamoramiento, ese amor ha sido un árbol á cuyos frutos estuvieron lanzando piedras; y no habiendo logrado derribarlos, se subieron á él por la insidiosa escala del casamiento, del cual después de haberse hartado no pudieron bajarse.

Más fácil sería morderse su propia oreja, ó hacer una vara de una sola punta, amellar con la lengua una navaja de afeitar, ó cortar el agua que *plantear* la República verdadera.

Para comprender el principio, el fin y el medio que es Dios, la razón humana solo ilumina nuestro espíritu, alma y corazón, pero nó nuestro entendimiento; así como el sol ilumina el cielo, el mar y la tierra; pero no su centro.

La felicidad política de Venezuela va siempre en sentido inverso de los milagros: éstos son siempre del pasado, que nadie ha visto; aquélla es del futuro que nadie verá: el presente es de los necios crédulos que no habiendo nunca poseído la tierra prometida, mueren unos tras otros en la expectativa de un Mesías que no llega.

Los gusanos son los únicos jueces que cumplen el nunca entre los hombres cumplido principio de la igualdad humana ante la ley; y por eso no establecen diferencia entre nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, grandes y chicos, amos y esclavos; pero sí la establecen, y muy palpable, entre las mentiras del mundo y las verdades eternas.

Todos lamentan en Venezuela el estado en que los gobernantes ponen la tierra; pero nadie lamenta el estado en que la tierra pone á los gobernantes.

En Venezuela el que no se vuelve loco, es porque no tiene juicio.

Si Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza, tenemos entonces que Dios, Alcibiades y Eduardito Echenagucia quizá son tres personas distintas, y una sola imagen verdadera.

Sucede con ciertos matrimonios ya viejos y establecidos honradamente como con los violines de pacotilla ó con las pipas de fumar, que al fin adquieren gran mérito, á fuerza de encurtirlos con el tiempo, y adobarlos con el uso.

Con frecuencia ha sucedido que un solo hombre de mediano juicio y poco alcance, ó sin uno ni otro, ha tenido sobrada razón para no aceptar lo que todo un público ilustrado juzga, sin gusto, criterio ni acierto como bueno, útil y bello.

El progreso en civilización y felicidad de las naciones modernas, respecto de las antiguas, se parece al cambio del caballo de mil pesos y la gallina de dos reales, por el caballo de dos reales y la gallina por mil pesos.

Los amantes se querellan por gusto, y los consortes por disgusto.

Las pruebas del amor rara vez se devuelven después que se reciben.

El lenguaje del amor es como la comida inglesa: á mil platos diversos la misma salsa.

La fortuna casi siempre se decide por los que menos la buscan.

De un viejo marido y una joven mujer, inevitablemente nacen tres grandes ridículos de amor, y tres imposibles de matrimonio; para el primero el ridículo del marido viejo, el ridículo de la mujer joven, el ridículo del arpa rajada á la cual se le van las voces; y por consiguiente, para el segundo: el imposible del matrimonio, el imposible de la mujer y el imposible del marido.

Hay rostros que no se pueden arrostrar.

Sin dinero no se puede servir á Dios; pero sí al diablo en los apuros de la pobreza.

La mayor parte de los cornudos son como la traga-venado, que tragan todo sin reparar en los cuernos.

Cuando en lo del amor sentimos la humedad, en lo del matrimonio nos estamos ahogando.

Si Dios no sufre con nuestras desgracias, se divierte con ellas.

Cada uno créese tener la mejor conducta, y haber adoptado el mejor principio.

Las lágrimas de los herederos se asemejan á esas lluvias repentinas, con sol y buen día.

En la justicia y en las sanciones del mundo, la virtud se lleva todos los elogios, y el dinero todas las ganancias.

El matrimonio de un viejo y una niña, es la firma de un pagaré que ó nunca se vence, ó se descuenta con trampas.

Una mujer simplemente buena, vale por dos hombres de los que llamamos magníficos; pero una mujer magnífica vale por todos los hombres.

No vayas nunca á Sierra Morena; pero si vas, roba! incendia! mata!

Menos odio tenemos á los que nunca nos han dado nada, que á muchos que nos han dado; pero poco.

Dios está en todas partes, y el diablo también.

El que está lejos de los suyos y de la suya, está solo entre el público, y en todas partes.

Querer hacerlo, equivale en ciertas cosas al mérito de haberlo hecho.

En la mayor parte de los matrimonios, los hijos vienen á ser los puntales que sostienen el edificio en ruina.

No sé por qué dicen que la virtud se halla entre los pobres, si casi siempre son los que acaban con ella ó viceversa.

El reposo inalterable de los sepulcros, y el silencio eterno de sus misterios impenetrables, son el movimiento perpetuo de la curiosidad y de la duda.

Los avaros viven sobre el dinero, como la clueca sobre los huevos, para empollarlos.

La prosperidad nos enseña á conocer á los hombres con lecciones de palabra, la desgracia con práctica de hechos.

Si es cruel amar sin ser amado, nada más enojoso que ser amado sin amar.

Con frecuencia damos á otros los consejos que nunca hemos querido recibir.

Si no hay Dios, estamos de pérdida para el otro mundo : si lo hay, y no hay que dudarlo, nada hemos ganado en éste ; y no hay que dudarlo tampoco.

Nada desea comer más el envidioso que el manjar que vive vomitando.

Más vale no ser absolutamente autor que serlo de ciertas obras.

No sabe uno con frecuencia como es que pueden suceder tantas cosas que suceden en Venezuela.

Mujeres hay de fuego que pronto se convierten en agua, que apagan todo el incendio que habian causado.

Si todas las malos casados pudieran lograr que sus mujeres volviesen el rostro hacia otra Sodoma y Gomorra harían bancarrota las salinas.

Tras del amor viene el olvido como tras de la borrachera el sueño.

Los políticos no tienen palabra de honor, por más que sean ellos los que tengan el honor de la palabra.

Al fin no tendremos en Venezuela, ni en donde tenerlo que tenemos.

Hoy en nuestra corrupción podemos preguntar á cada paso: este viejo será joven? este joven será viejo?

La corrupción y libertinaje de un joven es lamentable y triste, la de un viejo es insoportable y odiosa; ridícula y soez.

Las compañías agradables son las que más nos hacen conocer cuán corto es el tiempo, y viceversa.

Los principios democráticos y liberales del mundo son como el célebre jarabe del que curaba la sífilis de los demás; menos la del inventor y su familia, que lejos de curarse con él perdieron hasta las uarices.

No parece sino que Dios adula al malo, al ver tantos malos favorecidos por Él.

No son tan antipáticos los bribones caballeros, como los caballeros bribones.

Con frecuencia sucede que lo que más seduce á ciertas mujeres de un libertino es su libertinaje.

Como los ricos viven para comer, y los pobres comen para vivir, resulta de ello que los primeros se comen la comida, al paso que ésta se come á los segundos.

Todos los placeres de un rico saciado no pesan el solo placer de un pobre.

Cuando un viejo que parecía tener juicio comete la locura de casarse con joven y bella, da motivo á los otros viejos de avergonzarse, y á los jóvenes para que se desvergüencen.

Los amantes que olvidan ó se fastidian de su amor, se asemejan á los ebrios que, según dicen, no se acuerdan de lo que hicieron y dijeron, después que pasa la tranca.

Hay ciertas calmas en la desesperación, como hay ciertos momentos de silencio en las tempestades, ó de quietud en los huracanes.

Con llaves de oro se abren hasta las puertas del cielo, y se cierran hasta las del infierno.

Cuántas cosas vería el amor si no fuera tan ciego. }

Si recibiéramos los consejos que nos da todo el mundo, al fin ó nesecitaríamos de un inventario de cuerpos y almas diversos, ó nos pondríamos en estado, ó de tirar piedras á todo el mundo, ó de que todo el mundo nos las arrojase.

Con frecuencia ha sucedido que fue un gran bien para nosotros, y un gran mal para nuestros adversarios, el que no se hayan realizado nuestros deseos, ó que hayan fracasado los planes de aquéllos, ó viceversa.

Cuántas veces sin dejar percibir nuestra humillación, y con astuto disimulo, hemos tomado de un loco, muy prudentes medidas y acertados ejemplos. á falta de razones y consejos, para corregir nuestros errores y moderar nuestra conducta: modo de ser que no nos hubieran sugerido todo el juicio que creíamos poseer, y toda la sabiduría de que nos creíamos iluminados.

No puede haber verdadera felicidad en el placer que es preciso callar, porque nos avergüenza; ni en el bien que es preciso esconder, porque nos deshonra.

Venezuela es una caja de Pandora sin fondo y sin fondos.

Aunque la verdad es tñn bella sólo gustan de verla desnuda, aquellos á quienes toca gozar de sus encantos; ya sea porque los favorezca, ya sea porque les viene á pelo.

Al revés del lenguaje de la amistad que se perfecciona y enaltece con el tiempo y el uso, el del amor, que es tan dulce y bondadoso en su juventud, se hace fastidioso en su madurez, tosco y vulgar en su vejez, insolente y cruel en su muerte.

El viudo que vuelve á casarse se conduce como el marinero que después de haber sufrido borrascas, chubascos, tormentas, tempestades, mal tiempo, ventolinás, huracanes, ciclones, calma chicha, y últimamente naufragio, llega á puerto de salvamento; y olvidándose de los pasados sustos, se embarca de nuevo para seguir el mismo rumbo en diferente nave.

Sucede con el rico que dá, como con la mujer que consiente: si no se contienen, paran al fin, aquél en pordiosero, y ésta en prostituta.

La vida de ciertos matrimonios es un mar en que hay ó continuas borrascas, ó calma chicha.

El niño alado nunca se deja la venda, ni en la luna de miel.

Los hombres que han podido pintar al diablo enteramente malo, no han querido pintar á Dios enteramente bueno.

Si como dice el refran, el aceite afloja todos los tornillos, el dinero toca ó hace pasar todos los clavos.

Prestar su protección ó afectos á un malvado, casi equivale á perseguir la inocencia.

Dicen los que no tienen dinero ni esperanza de adquirirlo, que en éste no consiste la verdadera felicidad, ni que es él el que la puede dar. . . . Pues vaya que la humanidad entera mata y se mata, por adquirir lo que no es verdadero ni dadivoso.

Con frecuencia hacen los sabios un papel más triste por no haber sabido á tiempo una sola cosa, que los ignorantes por haberlas ignorado todas, y siempre.

En el teatro del amor casi siempre se representa un mismo drama en tres actos, que son: adsum, iusum, desum.

Lo que generalmente se cree amor no es otra cosa sino privación: cuando cesa ésta, disminuye ó termina aquél.

La privación es la mejor maicena con que se engorda el amor de los libertinos; las esperanzas lo predisponen; las oportunidades incompletas lo enferman, la posesión lo mata.

Una buena esposa es para el hombre honrado una segunda madre, en figura de amor: una mala, es la estampa del diablo en la caricatura de madrastra.

El interés sino triunfa de la virtud la lleva arrastras por escabrosa senda de insostenibles glorias.

Las glorias del amor casi siempre son antagonistas de sus triunfos.

Si la humanidad creyera en absoluto, ó fuera de toda duda en el diablo y el infierno, y con verdadera fe en Dios y en el cielo, el mundo indudablemente se convertiría en un paraíso que no temería al infierno, al diablo; y la existencia en un idilio que ni necesitaría de Dios, ni envidiaría al cielo.

Mi muy querido amigo ; mi estimado señor, ó como dicen los reyes y diplomáticos : grande y buen amigo, aprovecho la oportunidad para suscribirme de usted atento y seguro servidor, que besa sus manos ; á los piés de usted señorita ; tuyo hasta la muerte ; me alegro de ver á usted, mi adorada señorita ; dichosos los ojos que ven á usted ; esta es su casa ; aquí nos tiene para lo que usted guste ; aquí tiene un nuevo servidor ó una nueva servidora ; perdone usted ; no hay de qué ; mil gracias ; dámele memorias de mi parte ; á la disposición de usted ; mil cariños á la señorita su hija. Ya te he dicho mil veces que por tí me muero ; sin tí no vivo ; muero por tí ; hasta la última gota de mi sangre ; sufro por tí ; mi acerbo dolor, y mil otras frases, sou entre millares de otras, la prueba del amor del hombre á la mentira ; y de que la verdad, como dijo el poeta, abandona la tierra : *y subió en hombros de sí mismo al cielo.*

Los pobres ven el mundo y sus leyes por el pico del empuje, y los ricos por la orla.

No hay peor ni más triste pobreza que el uso de las cosas buenas, y el abuso de las mejores ; ni mayor miseria que el ansia de esa ambición insaciable con que la vanidad estúpida se afana en aumentar sin término el fastidio de su fortuna.

Todas las máximas, pensamientos, sentencias, apotegmas, aforismos, proverbios y refranes, etc., desde Salomón y el Eclesiastes hasta el Evangelio, desde Ciro hasta San Agustín, y desde La Rochefoucauld hasta Mariat, podrán ser más ó menos sabios, ingeniosos, agradables y profundos ; pero nunca serán de gran importancia para corregir á la humanidad ; porque siempre los creemos aplicables á los demás, y no á nosotros.

Hay ciertos hechos llamados virtudes entre nobles y grandes, que avergonzarían á los plebeyos ; y vicios de chicos plebeyos, que ostentan grandes y nobles.

El matrimonio debe ser invención de algún mal casado, para consolarse de su chasco en la común desgracia.

Sería una gran desgracia para los fatuos, ó una ausencia de su felicidad, si repentinamente se les pudiera curar de la enfermedad de que adolecen.

La República ha sido siempre de los presidentes, y nunca los presidentes de la República.

A los políticos doctrinarios, principalmente á los de Venezuela, no debe creérseles ni el *credo*; aunque lo recen al revés.

Los hombres verdaderamente grandes, los legítimos héroes de la humanidad, á quienes ella debe admiración y gratitud, son los hombres de la ciencia, de la industria, del arte y la poesía, que han dado al mundo luz y riqueza los unos; belleza y placer los otros. Homero, Sócrates, Fulton, Palissy, Colón, el Ticiano, etc., lo han hecho todo ellos solos, á esfuerzos propios, sin ayuda de nadie, y á veces con persecución de Judas. Si se exceptúan Jesucristo y Washington; los héroes de la política y la guerra, Augusto, Alejandro, Napoleón, Cromwell, Bismark, Maquiavelo, etc. no han podido hacer sus mismas maldades, sin ayuda de millares de cadáveres, ruinas, lágrimas y dolores. Por eso la mayor parte de los primeros murieron de hambre, y en prisiones; y los segundos repletos ó en el trono.

Toda la especie no podría explicar siempre cuál es ó en qué consiste la felicidad ó desdicha del individuo.

Cuando se habla con los perversos no se les pregunta qué sienten, porque son animales de la peor especie.

Los buenos resuellan por la herida: los malos se hieren para resollar.

Las glorias del amor no siguen después del triunfo: casi siempre desaparecen junto con éste.

Los poetas se encargan de cantar en el amor esas glorias que avergüenzan á sus héroes triunfadores.

La amistad entre jóvenes de ambos sexos tiene la inocencia del machete, que no corta mientras lo mantienen en la vaina.

Cada hombre es el más malo, y los otros peores.

El honor de las mujeres está circunscrito á las faldas: el de los hombres, en su mayor parte, al bolsillo.

Hay hombres en quienes el carácter y los sentimientos son como los colores de la peonza en movimiento, que se ven y no se distinguen.

La luz divina es para los humanos, lo que la vela para la mariposa. No podemos aprovecharla sino de lejos, porque de cerca nos encandila ó nos abrasa.

El dinero es el único buen recuerdo que puede dejar un malvado entre los buenos.

Las ilusiones son como las cuerdas, que revientan con más fuerza y violencia mientras más se templan.

De tejas arriba que hablen los ateos, que poco comprenden de la existencia; de lápida abajo que hablen los fanáticos, que nada saben de la muerte; porque en medio de ambas barreras no debemos salirnos de la una por lo relumbrante, ni meternos en la otra por lo oscuro.

Puede verificarse un matrimonio entre viejo y niña, como puede haber trato y comunicación entre pobre y rico; pero el amor y los placeres andan entre aquéllos, como la amistad y las pruebas entre éstos.

A la mayor parte de los tontos, que por fortuna son la mayoría del mundo, les sucede con su vanidad y fantasías, lo que á Narciso en el espejo de la fuente.

Acciones que en muchos hombres pasan por simple debilidad, en la mayor parte de las mujeres pasarían por manchas indelebles; y hasta por graves delitos.

El día en que los hombres hicieran lo que ellos dicen; ó á poder hacer todo lo que ellos quieren; llegaríamos á no poder hacer nada.

Al ver á un viejo enamorado de una joven debemos exclamar con la frase venezolana: *cuando el manco eche dedos!* Pero si se casa con élla, por ser el caso más apurado, debemos decir: *cuando el dedo eche mancos!*

En las personas, como en las cosas, las primeras impresiones suelen con frecuencia ocultar tanto los vicios como las virtudes de aquéllas, los méritos como los defectos de éstas.

No hay virtudes que realcen cuando se aborrece, ni vicios que rebajen cuando se ama.

La dificultad de conocer el corazón humano, no es por falta de ciencia, sino por falta de luz; del mismo modo que sin ésta tropezamos en un cuarto oscuro con los muebles que ya conocemos.

Los venezolanos que avanzan como leones á la bala del cañón, huyen como gallinas al humo del mandatario.

La reputación adquirida pocas veces estará de acuerdo con la conciencia del que la adquiere.

Nunca es por falta de estimación, sino por falta de amor, que un hombre se fastidia de una mujer, ó vice-versa.

Dios dijo: hagamos lo mejor, é hizo la mujer. Luego dijo: hagamos la mujer, é hizo lo peor.

El amor es para el alma, lo que el fuego para la pólvora; mas el cuerpo es al amor lo que el agua al fuego.

En la vida de la humanidad, el monólogo de Don Quijote pasa por la cabeza de los más circunspectos filósofos, como de los más quijotescos pisaverdes.

El amor padece de fiebre entre los jóvenes, de parálisis entre los viejos, y de catarro entre los pobres.

Hay muchas especies de virtudes y honradeces que se han sostenido por haber faltado quien se presente á comprarlas, por su propio precio, y al contado.

En la juventud abusamos de la materia; en la vejez no podemos ni usar los materiales.

La virtud y el crimen son casi siempre la escala mística por donde bajan los ángeles, y suben los demonios.

Basta ponerse el sombrero para salir á la calle; ó quitárselo para entrar á las casas, para estudiar y aprender todo lo que edifica el crimen y demuele la virtud.

Si quieres saber hasta dónde llega la pobreza de los ricos, y la riqueza de sus amigos, pídeles algo.

Las lágrimas son un sistema hidráulico muy eficaz para regar las flores del amor, y recojer después más barato sus frutos.

El interés si no triunfa de la virtud, la lleva á ras-tras por la escabrosa senda de insostenibles glorias.

Fácilmente logra el pícaro probar que es inocente delante de aquellos que no quieren, no pueden ó les duele el resolverse á verlo criminal.

La libertad es una reina universal *in partibus*.

Hay dos países donde únicamente se vive de alabanzas á Dios, y de glorias por ellos: el cielo y Venezuela.

Menos peligros hay en el rostro del enemigo que en la máscara del traidor.

Si el hombre se revela contra Dios sin conocerlo, ¿qué haría si lo conociese?

El fastidio que nos llega á causar una mujer, es una especie de indigestión, que solo se cura por el principio homeopático: similia, similibus curantur.

La fortuna y la desgracia tienen la propiedad de cambiar el carácter del individuo siempre en sentido inverso.

El amor es una especie de ladrón, que se escapa después que lo arrestan.

La prueba de que el amor es más del dominio del cuerpo que de los atributos del alma, es que en la vejez ni se ama ni se es amado; ó, por lo menos, ni se consigue ésto, ni se consiente aquéllo.

El principio verdadero á que tienden los fines políticos de Venezuela es éste: sacar cosas de todos los casos, y no hacer caso de todas las cosas.

Nace un malo, todos le temen; nace un bueno, teme á todos; nace el crimen, queda impune; nace la virtud, y es perseguida; nace el sabio, lo envidian; nace el ignorante, y es burlado; nace el genio, lo explotan sin recompensarlo; nace el rico, lo acatau; el pobre, lo desprecian; el pecador, lo absuelven; el santo, lo condenan; el inocente, lo calumnian; el bienhechor, tiene ingratos; el poderoso, lo adulan; el débil, lo maltratan; el tirano, lo sostienen; el libertador, lo encadenan. Nace un amo, lo obedecen; un libertino, lo adoran; un amante, lo desdeñan; un embustero, lo créen; un verídico, lo desacreditan; nace en fin un Salvador del mundo, lo crucifican. Nace Colón, y le dan la América á Vespucio; un Guzmán lo enriquecen; un Bolívar, lo destierran... adónde pues, vá Dios? De dónde, pues, viene el diablo?

El amor de los buenos casados es un sustituto de aquél que los indujo al matrimonio; y usurpa un lugar que por ser más sólido y estable no vuelve á dárselo al primero.

El amor es un dios suicida que escoje por género de muerte el de reducirse á cenizas en su propio fuego.

La envidia, la ingratitud y la traición son los primeros miembros en la sombría corte de Aritmán, y los últimos reos en las mazmorras de Ormuth.

La necesidad ó el compromiso en que nos vemos de dar á un pobre, disminuye una gran parte del interés que nos hubiera inspirado.

La sociedad venezolana, como otras muchas y peores, es una rica montaña donde los leñadores políticos é impolíticos, abaten el sándalo y el mirto para hacer carbón; cortan las rosas y azucenas para fabricar estiércol; arrancan violetas y eliotropios para hacer escobas. Al paso que se cultiva el anamú y se cría el mapurite para hacer perfumes; el manzanillo, la pica pica y el piñón para hacer potajes, y el maguey para hacer santos.

Generalmente el respeto y veneración de las cosas nacen de la privación y los grandes prestigios del misterio; y tanto, que si Dios, por ejemplo, viniera á tierra, y dijese á su Ilustre Americano: homo! Ecce Deus! con el tiempo desaparecería el misterio, y con la confianza el respeto; y por ambas, al fin, el *Deus* iría á la cárcel, por falta de respeto al *homo*.

El avaro es una especie de Cristo al revés, que se sacrifica á sí mismo, esperando siempre salvarse, y creyendo sacrificar á los demás.

Si no se hace odiosa, por lo menos se hace antipática la justicia ejercida contra un desgraciado.

Qué importa poseer mil bienes, cuando se carece de aquel que se desea?

Nos avergonzamos, ó nos causa indignación, no haber sido amados; y no nos avergonzamos de no haber sabido amar, ó de no haber sido dignos de serlo.

El poder de Dios y la esperanza en Él, pierden.

Si acojiéramos los consejos que nos han dado durante nuestra vida, veríamos que la mitad se opone á la otra mitad.

Casi en todas partes se procura mejorar la condición del hombre: en Venezuela se empeora hasta la del simple animal.

Hay dos países donde solo se vive de glorias: el cielo y Venezuela.

El dinero que recibimos del rico, siempre viene envuelto en los harapos de nuestra dignidad.

Mucho más temor llevamos cuando vamos á pedir á un desconocido, que á un amigo rico: la negación del primero nos indigna, la del segundo nos afiije y abate con despecho.

El bolsillo es un magnífico hospital donde el amor de los ricos, si no restablece, mejora su salud quebrantada: es una muleta con que puede marchar en su cojeras más ó menos firme: la faltriguera del pobre, donde el amor halla un desierto que al atravesar perece por cansancio, y por aquello de que amor con hambre no dura.

En justicia, más digna de alabanza es una mediana moral, ó una pálida virtud en un pobre, que todas las santidades en un poderoso; porque en aquél prueban inclinación, mientras que en éste no sabemos si es necesidad ó falta de ocasión.

Verduleras ha habido que, por falta de espíritu y de gusto, han podido resistir á un gran señor; y duquesas que por sobra de uno y otro han sucumbido á sus lacayos.

La libertad despreciada es más déspota y cruel que el freno del tirano.

Los placeres y satisfacciones de la amistad son las únicas que no se resienten de los estragos de la vejez.

La mentira es el sastre que viste siempre nuestra conciencia.

Para una madre la mejor cualidad que puede tener el novio de su hija es el dinero; para la hija, la mejor cualidad que puede tener el dinero es su novio.

Las ofensas causan dolor en un buen corazón. En el de los malvados causan furor; en el de un vil, causan sólo deseos de que se acabe la guerra.

La limosna del pobre tiene siempre la apariencia de obligación; la del rico, brilla siempre como un acto de espléndida generosidad. Por eso, la primera nos causa agradecimiento, la segunda admiración. Recibimos la una como una costumbre, la otra como novedad que nos reconcilia por el momento con el individuo, y nos llena de esperanzas para con la especie.

Así como hay ricos desgraciados y pobres felices, así también hay unos que nacen sin nada para tener todo; y otros que nacen con todo para no tener nada.

Dice Alfonso Karr que un hombre de corazón y talento nunca es bastante feo; pero lo cierto es que los ricos, aún sin talento ni corazón, ni belleza, son siempre lindísimos.

Todos los tiranos son de cualquier modo víctimas del porvenir, y verdugos de sí mismos.

Lo menos aceptable que puede ofrecernos una mujer bella, que nos guste; y aún lo más desagradable, son su amistad, estimación, respeto y cariño, por no querernos dar su amor, y los favores de éste.

El conocimiento del mundo es una ciencia muy fácil de adquirir, pero muy difícil de ejercer; y aún más de aprovechar.

El hombre rico que se ve favorecido de una mujer pobre, debe decirse, por sí ó por nó: *se non é vero é ben trovato*.

Si la deshonra priva de respeto, estima y consideración, tenemos que la pobreza es la mayor de todas las deshonras.

Aun en los hombres más juiciosos, los ojos de una mujer, la copa de una baraja, el aguardiente de una copa, ó los ojos de un dado, tienen más persuasión que los diez mandamientos, la lógica de Aristóteles, la elocuencia de Cicerón, los consejos de Séneca y la sabiduría de Salomón.

Un amante despechado tiene siempre la debilidad de dejar ver no sólo la rabia de su impotencia, sino lo que es más vergonzoso: la impotencia de su rabia.

El matrimonio produce en el amor el mismo efecto que el dinero en las amistades: no obstante, es más fácil hallar verdadero amor entre marido y mujer, que amistad sincera entre rico y pobre.

En ciertas ocasiones y circunstancias, el miedo es capaz de inducir al más cobarde á cometer audacias de que se espantarían los más valientes.

Es un alimento demasiado grosero para la vanidad, verse amado de un ser estúpido y brutal; y un acíbar para la felicidad del corazón, el serlo de uno brillante pero malvado.

El amor se alimenta entre los amantes por el sistema homeopático, y por el aleopáta entre los consortes; y con frecuencia se indijesta no sólo con el segundo sino también con el primero.

La Cruz y el Calvario son las razones más poderosas que se han empleado contra las verdades que son tan aborrecidas en las épocas del mal, ó entre los malos de las épocas.

La dádiva espontánea que algunas veces nos hace el rico, no es otra cosa que una especie de trinchera avanzada que él nos pone para prevenirse de un ataque más serio; es una especie de llamamiento que él hace á nuestra discreción para obviar el abuso.

El dinero es la mejor muleta aun para los peores cojos de la humanidad.

Un sabio, un hombre de talento, un filósofo, puede, por el pecado de la vanidad, convertirse en un fatuo.

Para salvarse del infierno y ganar el cielo, no basta temer al diablo, y creer en Dios; puesto que aquél no conoció á éste, debe creer en su existencia; y no por eso se salva. Y puesto que Dios creó al diablo no para que lo temiésemos sino para que huyésemos de él. Es necesario no creer en tantos dioses, y descreer en tantos diablos que viven en el mundo haciendo los unos tantos males apesar de creer en Dios, y los otros deshaciendo tantos bienes apesar de temer al diablo.

Al paso que en los mares de amor el joven no necesita de vejiga para nadar hasta en el Atlántico, el viejo ni en el arca de Noé dejará de ahogarse, hasta en el Guaire.

Así como la palidez puede ser síntoma del coraje como de la cobardía, así el sourojo lo puede ser del pudor ó de la lascivia.

El hombre que indignado, ó por sistema, habla mal de las mujeres, es porque se muere por éllas, ó porque ninguna vive para él.

Las heridas, si cabe, en la conciencia, (también si cabe) de un malvado, al fin llegan á cicatrizarse con la continua repetición de sus crímenes.

Una buena reputación que no sea fundada en algo provechoso para la humanidad, ó de agradable para la asociación, casi equivale á una mala que á nadie daña.

La peor ceguedad de los sabios, como la de los ignorantes, es no poder medir los unos y los otros hasta qué punto lo son.

Al fin llegan los grandes y poderosos, como los pequeños pero ricos, no sólo á creerse merecedores de nuestras distinciones y lisonjas, sino que también llegan á creernos sinceros en nuestras palabras y desinteresados en el fin que éllas tienen.

Las inscripciones de los monumentos. y los epitafios de los sepulcros, son carta de recomendación que los dolientes despachan de este mundo al otro, y que el recomendado no siempre tendrá el descaro de presentar al soberano de los cielos; porque éste, no pudiendo engañarse ni engañarlos, los conoce de antemano por informes anteriores de este mundo.

El fuego de amor que se tiene dentro del corazón, es como el que está en el fósforo; que puede ser eterno, si no se le hace brotar con el roce que á su vez le hace consumir.

Si para la mayor parte de los hombres es una desgracia comenzar con amor y terminar con casamiento. ¿cuánto mayor sería su felicidad si comenzaran con casamiento y terminaran con amor?

Unas veces nos echan de la sociedad por bribones; y otras, por bribones nos acojen en élla.

Nada respetamos más que nuestros vicios y pasiones; y es por eso que amamos tanto á los que nos los halagan.

La luz de Dios y la de la verdad, están en el mundo como las orejas en la cabeza; que por falta de espejo, si se sienten no se ven.

Para llegar á tiempo es necesario ir antes de tiempo.

Muchas veces la filosofía no es sino esperanza; y la resignación, impotencia.

El avaro, tras de que no vive para sí, muere para los demás.

Si la conciencia se volviera espejo, cada uno iría rompiendo el suyo delante del ajeno.

El amor se parece á la amistad porque son parientes, aunque no se tratan, ni se unen. La amistad es desinteresada, fiel y constante; el amor, por el contrario, es todo interés, especulación: ambicioso y usurero, vive de trampas, hipocresías y embustes; jura en falso, y no se cura de su firma. Son, en fin, dos parientes de distintas razas, de distintos gustos, intenciones y educación. La una va vestida, el otro desnudo; la una busca la compañía; el otro la soledad; y yendo por un mismo camino, buscan distintos rumbos, á cuyo arribo la una gana, y el otro pierde; y al paso que aquélla sigue adelante, aquél se queda atrás, ó se devuelve.

Muchos que no sirvieron ni para esclavos, llegan á no servir ni para amos ; y viceversa.

El amor de los enamorados libertinos, es como el *cólico miserere*, que no se cura, ó no pasa hasta que no se corrompe.

La generalidad de los hombres tributa sus loores á la virtud, y prodiga sus vituperios al vicio, para disimular el olvido en que involuntariamente tienen á aquella, y el homenaje que inconscientemente rinden á éste.

Amor sincero y puro, si no es la divina, es la menos imperfecta de las felicidades humanas.

Venezuela es una Caja de Pandora, que regó sus males entre los buenos, y sus bienes entre los malos ; dejando en el fondo, glorias para éstos y desgracias para aquellos, envueltas en humo de costosas tonterías de todos para graciosas tragedias ó comedias dolorosas.

La razón por que el amor y la amistad nunca estén juntos, no es porque el uno sea varón y la otra hembra, sino porque aquél anda desnudo y ésta vestida.

Los comerciantes y los poetas son antagonistas naturales, por ser en la mentira gente del mismo oficio.

El mundo sería demasiado bueno, si fuera obra del diablo ; mas, como obra de Dios, es demasiado malo.

La virtud y la honradez son los más graves inconvenientes de los intereses.

La mujer da el corazón entero ; el hombre lo da en pedazos y prestado.

Los defectos de nuestra conciencia están dentro del alma, como los del cuerpo dentro del vestido : sólo dejamos afuera lo poco que podemos lucir, ó que no nos hace avergonzar.

No es gracia ni novedad enamorarse de una mujer hermosa. Lo grande y bello, y con frecuencia, útil, ó de mejor resultado, es amar á una fea.

Se conoce que el mundo fue creado de la nada, pues con frecuencia es poco más ó menos lo que él vale.

Hasta los tiranos y los mendigos aman la poesía ; menos los comerciantes que sólo viven del pan.

El hombre da el corazón como quien vende ; y la mujer como quien compra.

Siempre nos ocupamos con afán del adelanto de nuestra reputación, y con frecuencia nos olvidamos del atraso de nuestra conciencia.

A mí, cuándo! dice la niña, cuando el amor no ha venido. Niña! cuidado con eso! dice la vieja, porque el amor ya ha pasado.

Un hombre bueno, pero que á nadie es útil ni agradable, es como una buena nave anclada en el fondo del mar.

El envidioso es una especie de ratero pobre, que se diferencia de los demás ladrones, en que nunca goza de la prenda que intenta robar, aunque logre echarla á perder.

El avaro es el más infeliz de todos los pobres, porque siendo de éstos el único detestable á todo el mundo, es también el único que ni pide limosna, ni si la pidiera, nadie se la daría para remediar sus necesidades voluntarias.

Hasta para ofender á Dios, halagar al diablo, y hacerse odioso á todo el mundo, se necesita ser fuerte; y tener cierto grado de devoción y talento, que se necesitan en la mayor parte de esos casos.

La libertad es una bella y fugitiva mariposa, tras la cual andan los tiranos á la rebatiña, y los pueblos á la gallina ciega.

El amor es como el palacio encantado de Atlante, en el Ariosto, donde todo el que entra se vuelve loco, aunque tenga el juicio de Reinaldos, ó el valor de Orlando.

El ateísmo y la impiedad son con frecuencia el refugio de los talentos mediocres, ambiciosos de nombre y fama, que no logran alcanzar buen éxito en su medianía: son la tea de Eróstrato, á la cual ocurren como el único medio de alcanzar lo que no tienen, aunque sea apareciendo lo que en realidad no son, contra la belleza del templo y la adoración de Diana.

El amor es una ciencia natural que se va embotando con el estudio: se olvida en la práctica, se confunde en sus teorías, se oculta en sus descubrimientos, se pierde en sus hallazgos, se atrasa en sus adelantos, se debilita con sus recursos, sale derrotada en sus victorias, y al fin muere de hambre en sus banquetes.

El amor de un viejo tiene sólo el ridículo del imposible; pero el de una vieja tiene el espantajo del ridículo, y el espanto de la ancianidad.

El lecho conyugal es al revés del monte de la luna en el Ariosto: éste guardaba el seso de los que permanecían locos en la tierra: aquél se lo devuelve al Orlando, porque recaba el juicio en el matrimonio.

Las pasiones y los vicios atacan como las pestes tanto á la experiencia de los años como á la inocencia de la juventud: á las virtudes naturales, como á la educación recibida: y en cualquiera edad pueden tanto contra ellos el Salomón como el Cretino, el Demócrito como el Heráclito, el Zoilo como el Aristarco.

El amor es una tiranía del alma sobre el cuerpo: el placer viene como libertador del cuerpo á brindarle reacción contra el alma.

Los comerciantes no aman la poesía, porque diz que en élla todo es mentira. Lo cual prueba aquello de: quién es tu enemigo? el de tu mismo oficio.

Si de repente no pudiéramos ocultar nuestra conciencia á los demás, todo el mundo quedaría como si de repente se reventaran todos los broches y botones.

Los pobres nos causan menos interes, cuando tenemos que darles, ó cuando tenemos obligación de hacerlo.

Como la leña aumenta el fuego, así el oro aumenta la avaricia.

Amor libertino es un cautivo que adora á su carcelero y su prisión, hasta el día en que ambos le ponen en completa libertad.

Los envidiosos calumnian al mérito, los adulantes á la nulidad.

La amistad entre jóvenes de distintos sexos se asemeja á la paz de los gallos en la cuerda.

A juzgar por los efectos, la casa de gobierno es afrodisiaca.

Si el diablo viniera en persona á visitar al mundo, hallaría muchos hoteles donde alojarse de valde.

Es más fácil, dice el gran libro, que un camello pase por el ojo de una ajuga, que el que un rico se salve. Debemos creer sin embargo que es más fácil la pasada, y en consecuencia la salvación del rico, que el que éste lo crea. Pero aun es más fácil que lo crea él, que la enmienda por la creencia.

Si somos pobres, la sociedad nos olvida, la especie nos acompaña, el individuo nos huye, los ricos nos desprecian, los otros pobres nos defienden, la dignidad nos tiraniza, el honor nos espía, las debilidades nos delatan, el orgullo nos ridiculiza, los poetas nos acusan, la virtud nos desafía, la honradez nos provoca, el deber nos zurra, la filosofía nos ofrece sus muletas de maguey, la religión nos engaña con el cielo, y nos adormece con la gloria, la necesidad nos acosa, el cura nos bendice, el hambre nos ladra, la esperanza nos alimenta, la constancia nos promete, la penitencia nos alaba, la carestía nos maulda á prolongar el ayuno, la vida nos cansa, la muerte nos salva, el público se ríe si nos vé, los ladrones nos roban, la justicia nos mide á palos, el derecho nos desconoce, la ley nos condena, el juez se nos ensordece, la fortuna nos rueda sin cesar, el lujo nos mira con asco, la vanidad nos escarnece, y San Pedro, con sus llaves de oro, nos abre las puertas del cielo, donde entramos de valde, con alas de ángeles, palmas de martirio y coronas de triunfo; porque ya el sermón del monte nos promete el reino que es nuestro, por el título ya consabido.

Si somos ricos la sociedad nos acata, la especie nos respeta, el individuo nos busca, los ricos nos acompañan y consuelan, los mandatarios, si no nos llaman, nos toleran, los hombres nos aborrecen, las mujeres nos aman, los adulantes nos ensalzan, los especuladores nos cantan, los jueces se nos venden porque la justicia nos protege, y las leyes nos defienden, la filosofía se hace la desentendida, los honrados otorgan, los mordaces callan, los mudos nos contemplan, los testigos falsifican, el dinero nos persigue, la honradez nos viste, la religión nos decora, el confesor nos absuelve, el escándalo nos emboza, Dios nos protege y el diablo huye de nosotros, y los pobres . . . los pobres nos lloran, nos ríen, nos sirven, nos adulan, nos obedecen, nos acatan, nos sufren, nos piden, nos quitan, nos roban, nos alaban, nos desacreditan, nos calumnian, nos juzgan, nos lisonjean, nos envidian, nos detestan. Pero entre tanto nosotros no entendemos de nada de eso, ó no nos acordamos de nada, nos olvidamos de la muerte, no tememos al diablo ni á su infierno, no nos acordamos de Dios, porque no necesitamos de su cielo, teniendo todo en la tierra. de la que fuimos creados, y á la cual volveremos convertidos en polvo.

En política como en amor, en diplomacia como en comercio, llámense habilidad y prudencia, cortesía ú opinión y sinceridad, lo que no es otra cosa sino impostura ó desearo, estrategia ó maldad.

Caballero sin dinero, es como honores sin reputación.

En el amor libertino solo entendemos por pruebas verdaderas, las que nos esponen al peligro de ser desaprobados.

El verdadero saber es el que está fuera del libro; como el verdadero amor, es el que queda después de las pruebas.

Las desgracias parece que alargan la vida y endurecen el cuerpo para el dolor; las prosperidades acortan la una, y debilitan el otro para el placer.

Así como se han forjado dioses que de nada sirven al hombre, deberían educarse hombres que no necesitasen de dioses.

La cortesía con nuestros enemigos, no siempre es necesidad del compromiso, ni efecto de cobardía, ni menos un acto de magnanimidad; con frecuencia es el medio astuto con que preparamos el terreno de las venganzas.

Los amantes gozan el placer de sus penas; los casados la pena de su placer.

El amor romántico, tiene su canto como el cisne; el vulgar tiene su grito como el gauso.

El dinero sirve al avaro como el polvo al desierto.

El avaro es un verdugo de sí mismo, que ama la causa de su crimen, y el potro de su tormento.

Ojalá medio mundo se compusiera de avaros, porque su muerte pondría al otro medio en posesión de lo que ellos trabajaron.

Los avaros son árboles paloteados, y frutos cimarrones de la existencia.

Más vale haber vivido siempre en la oscuridad, que oscurecer miserablemente después de haber brillado.

Cuando los nobles y los ricos aceptan esos obsequios con que solemos adularlos en casa, si no dicen con el verso antiguo:

Si ves á un pobre á la mesa,
con un rico en compañía,
ó el rico le debe al pobre,
ó es del pobre la comida.

sí dicen sin duda: una cosa es que uno vaya al escusado, y otra es que el escusado venga casa de uno.

Antes que Darwin, como Frankin que arrebató el rayo á los cielos, para que no dañase al hombre, arrebatase éste á Dios, para transformarlo en mono, ya el mono se le había adelantado descubriendo el *fecit eum ad imaginem et similitudinem suam*, con lo cual ya había pasado de mono á Dios.

Los placeres del matrimonio, son la caricatura de las ilusiones de amor; así como las ilusiones de amor deben ser la caricatura de las beatitudes del cielo.

La frecuencia de la eucaristía, prueba indispensablemente: ó la variedad de culpas en el confesado, ó su cultivo y repetición.

Un hombre exajeradamente virtuoso y extrictamente honrado, tiene mucho de santo, y algo de ineludible ridículo; en la mujer nunca dejará de ser sublime.

El amor del matrimonio, es un sustituto del de soltero, y ocupa un lugar que nunca es reclamado por su antecesor.

El más simple acto de sacrificio de amor, cumplido en el matrimonio, tiene mil veces más mérito que todos los deberes cumplidos por el primero; aquél rinde ganancias con placer, éste cuesta sacrificios con costos.

Una mujer honesta y virtuosa, es para el hombre de corazón, un angel; para el libertino, un diablo.

A veces se oculta más odio entre dos manos estrechadas, ó entre dos sonrisas, que en mil injurias violentas.

A veces se gana más honra y provecho de una crítica ponzoñosa que de mil elogios.

El sepulcro es la casa postal del universo, donde la humanidad recibe en el pasaporte sus cartas de recomendación para aquél mundo, y sella sus billetes de despedida eterna para éste.

Por profundo y verdadero que sea un amor, siempre se fortifica un tanto más con el dinero, por lo cual dice bien el refrán: que amor con hambre no dura.

En la mayor parte de los venezolanos, la vida privada no es otra cosa, sino la privación de los bienes de la vida.

Más vale por miseria pedir limosna con humildad, que con adulación y deshonra recibir dádivas por interés y avaricia.

La borla á un ignorante, la sotana á un clérigo corrompido, el lauro á un ramplón, el mando á un fatuo, la espada á un cobarde, el orgullo á un plebeyo, la coquetería á una fea, y la cruz al diablo no cuadran tan mal como el matrimonio á un viejo.

Si quieres vivir libre de ataques que crecen en proporción geométrica, guárdate de dar al pobre más de una vez, si eres rico; pero si no quieres quemar el último cartucho de tu libre dignidad, guárdate de pedir ni una sola vez al rico, si eres pobre.

Las pasiones son el gobierno absoluto y vitalicio de la humanidad, y el único al cual obedecemos con placer, sin quejarnos de su tiranía.

Los hombres cambian de ideas políticas y religiosas, y aun de sentimiento de amor y amistad, por simples pasiones y ruines intereses; pero jamás cambiaría de pasiones y vicios, por la razón, el deber y la inteligencia.

Los políticos y los pueblos de la América latina, hallarán la libertad en sus repúblicas, cuando los médicos hailen la inmortalidad en las boticas.

Acaso hay quien se prive del placer que tendría en dar una vez en presente y en público, por temor de exponerse al disgusto de negar infinitas veces en futuro y en privado.

Donde no hay privación, no hay interés en el amor romántico, y por eso el dios del altar establece la privación de sus románticos intereses.

La población del mundo, dicen, es de mil millares, entre quienes, dicen, hay tres y según otros, hasta siete mujeres para cada hombre; pero suponiendo que haya cuatro contra seis ¿qué partido tomarían 200 millones de mujeres, si los 600 de hombres la diesen por ser cada uno estrictamente fiel á la mujer.

Para cada mujer que con razón olvida á un amante hay cien hombres que, con razón ó sin ella, abandonan mil amadas; y para cada cien mujeres que dan calabazas, y mil que ponen cuernos, hay mayoría inmensa de hombres que hacen lo primero, y una totalidad que perpetra lo segundo.

En Venezuela, y en toda la América latina, todo es general, hasta las plagas.

El amor es un curioso mercado en que los compradores, ó no pagan ó quedan siempre debiendo algo, si los vendedores dan al fiado, á cuenta, ó sin pagaré.

En todas las sociedades hay hombres tan oscuros que solo pueden brillar con luz agena, y eso como la mecha del candil.

Fácilmente nos consolaríamos arrepentidos de un amor que nos hace infelices, si pudiéramos trasportarnos al tiempo después de la posesión, aun antes de haber poseído el objeto que causa nuestro tormento porque no lo poseemos.

La caridad nace de la compasión y del egoísmo: no del amor.

Los bienes que ya poseemos serían por sí solos suficientes para hacernos felices, si ellos siguieran agradándonos como nos agradaban antes de poseerlos, ó como ellos agradan á los que no los poseen como nosotros.

Las lágrimas de los herederos son manantiales escasos y revueltos que van á perderse en el océano del bolsillo, donde pronto se secan por falta de suplemento en la fuente.

El hombre aspira ó nació para ser rey, aunque sea el que rabió; papa, aunque sea Alejandro VI; emperador, aunque sea Suluque; duque, aunque sea el de Morny; conde, marqués, barón, aunque sean. . . . Obispo, aunque sea el de Constantinopla; canónigo, aunque sea el de Gil Blas; general, aunque sea de Venezuela; Regenerador, Doctor, Libertador, Jefe, Centro y Director como Guzmán; soldado, aunque sea con miedo y con tacha; caballero, aunque sea como Don Quijote, ó de industria; en fin, el hombre nace para el foro, la cátedra, la curul, la milicia, el comercio, las ciencias, las artes, viajes, riquezas, glorias, ruido, fama, nombre, etc. Mas, para la mujer, coronas, trono, palma, generalato, obispado, papado, la Presidencia, todo es el matrimonio: el noble título de madre, su única misión; y en realidad, esto es lo único para lo cual nació. Todo lo demás es excepcional y accesorio.

Por eso es que una gran parte habría aceptado con preferencia á otros hombres para su matrimonio, y nó los que tienen; si no hubiera sido porque en su decisión, no tuvieron por estímulo el amor, sino por cálculo el de aprovechar lo que se presentó, como único ó más seguro; haciéndose estas reflexiones, que son, en general, las que hacen las.

mujeres, so pretexto de amor, forjándose ilusiones de él: La ocasión es calva, y no tiene más que un pelo; Más vale pájaro en mano, que buitres volando; Más vale un toma, que dos te daré; Convenga ó no convenga, marido venga; Sálvese quien pueda; Lo que no mata, engorda; Lo que no sirve para nada, sirve para padre; En caso de tormenta, cualquier agujero es puerta; A caballo regalado no se le mira el colmillo; Del lobo, un pelo; En teniendo oreja, aunque no escuche; A la masamorra no se le busca hueso; Poco veneno no mata; Nadie sabe el bien que tiene hasta que no lo pierde; Atrácate pavo, que mañana te guisan; No hay mal que por bien no venga; Mientras el palo vá y viene, descansan las costillas; De estas tripas haremos corazón; Cuando despavile, le haremos perder; Con este pabellón cubriremos la mercancia; Bajo una mala capa se encierra un buen bebedor; El que mucho abarca, poco aprieta; Los duelos con pan son buenos; Más vale poco que nada; A buena hambre no hay mal pan; Para amante, mariposa; para marido, cualquier cosa; A hierro caliente, batir de repente; La ocasión hará el ladrón; La ocasión perdida, no se recobra de seguida; La necesidad carece de ley; Todos los días no se come carne; Haremos una de cal y otra de arena; Un clavo sacará otro clavo; Dios proveerá; Nunca falta un roto para un descosido; No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista; Todos los males tienen remedio; Lo que no se irá en lágrimas se irá en suspiros; Mañana será otro día; El que venga atrás que arrée; Detrás de la cruz estará el diablo; Hoy por mí, y mañana por tí; Entre col y col, lechuga; No estará la carne en el garabato por falta de gato; Cualquier tabla servirá de salvación; Curaremos la herida con los mismos pelos; Lo cortés, no quitará lo valiente; No hay píldora que no pueda dorarse; Mas vale mal ajuste, que buen pleito; Más vale malo por conocido, que bueno por conocer; Similia similibus curantur; Lloverá sobre mojado; A nadie le falta Dios; Al fin se cantarán las glorias; Siempre hará el necio al fin, lo que el discreto al principio; Lo que nada nos cuesta, hagámoslo fiesta; Mientras viene la sopa, con esto haremos boca; No habrá sermón sin San Agustín; Al puerco le llegará su San Martín; En la variedad consistirá el gusto; A su tiempo madurarán las uvas; Donde comen dos, comen tres; Donde se mata la res, se estacará el cuero; *Che nell' acqua sta fin alla gola ben é ostinato se mercè non grida*; Cojeremos fruta del cercado ajeno; Donde hay gana, habrá maña; De la espina nacerá la rosa; De noche todos los gatos serán pardos; De todo habrá en la viña del Señor; Nada hay completo en la vida; Dejar de comer por haber comido, todo es comer; Al mejor cazador se le vá la liebre; A falta de roscas, buenas son tor-

tas; El que no tiene más, con su mujer se acuesta; Quien no se aventura, no pasa la mar; Con otros gustos, pasaremos esos sustos; No hay mal que no tenga reparación; Al marido de mi madre, mis hermanos llamen padre; El apetito viene comiendo; El hombre echará el lobo del bosque; Una mano lava otra, y ambas la cara; Industria es lo que vale; Déjate ahorcar, que el pleito irá á España, etc.

Y otras tántas reflexiones de que los pobres suple faltas nunca llegan á hacerse cargo, ni se dan por notificados cuando las hacen en silencio; acaso en el mismo instante en que ellos están muy satisfechos de que sólo en ellos se piensa.

La mejor filosofía, es decir, la menos triste, es aquella de que no necesitamos por ahora.

La mejor filosofía es también no la que usamos los pobres para atacar á los ricos, sino la que usan los ricos para no hacer caso de los pobres, ni de la pobreza.

Casi siempre apelamos á la filosofía, cuando ella es inútil para podernos valer.

Mejor es, para los intereses de la vida, tener crédito por fuera, que ser honrado por dentro.

El amor, como político, tiene su casa de gobierno en el tocador de los libertinos; como comerciante, tiene su almacén en el bolsillo de los viejos.

Los enamorados demasiado exigentes, se asemejan á los que piden á gritos un remedio para el cólico miserere, ó para el dolor de muelas.

Todas las mujeres deberían convencerse de que un amante pedigüeño, está ya de antemano anunciando un tramposo de mala ley.

Menos peligro hay para un comerciante en fiarle á un tramposo sin crédito, bajo palabra de honor; que para una mujer fiarle á un amante con reputación bajo palabra de matrimonio.

Hay hombres cuya reputación y facultades, son como la lámpara de Olimpia, que se apaga al presentarse en escena.

La única ventaja que puede tener un mal matrimonio es no tener hijos, porque es la del que habita una casa vieja, fea y mala pero sin pagar alquiler.

El misterio inexplicable de la vida, el secreto impenetrable después de la muerte, el principio, el término, el infinito, son el pares ó nones con que Dios mantiene en perpetuo abatimiento nuestra soberbia, á distancia nuestras aspiraciones, y en ridículo nuestra vanidad.

La vida es tan triste sin dinero, como lo es con dinero solamente: él es en la existencia, como la sal en los alimentos, que ni se puede comer sin élla, ni élla sola puede servir de comida.

Para ser feliz en el matrimonio, y conservar hasta el fin su solemne felicidad, no se necesita prolongar en él el amor de los enamorados, ni menos conservar los placeres de la luna de miel, sino sostener en él la prudencia tanto en lo físico, como en lo moral.

No hoy una mujer ascada, hacendosa, modesta y prudente, y un hombre simplemente honrado y de buen corazón, que no puedan hacer feliz el matrimonio.

No sé como son las armonías providenciales del cielo, con Dios y su bienaventuranza; pero las de la tierra, con el hombre y su desdicha, consisten en que haya águilas para colibrís, elefantes para hormigas, ballenas para sardinas, serpientes para lombriz, tigres para burros, lobos para ovejas, gatos para ratones, tiranos para pueblos, leyes para los débiles, constituciones para repúblicas, repúblicas para la libertad, y ricos para pobres, y filosofía para las desgracias, mal de muchos y consuelo de tontos.

Nos quejamos del tirano sabiendo que es hábil y con fortuna; y no de los pueblos, sabiendo que son fuertes y con derechos.

Un tirano está probando con el hecho de serlo, que hay un solo valiente hábil y fuerte, contra millonés de cobardes estúpidos y débiles.

Mientras más odioso es Nerón, más despreciable es Roma.

Alguien ha dicho: el que evita el juicio, confiesa el delito. Mucha confianza debía tener en la justicia humana, y ninguna noticia de las persecuciones del débil contra el fuerte, de las falsedades del testigo, de los errores del fallo; las derrotas de la inocencia, y los principios del crimen; no supo en fin la ley eterna de que el pez mayor se come al menor.

Nada es más ajeno de la política que la política.

El amor en un viejo es una enfermedad incurable, por que solo puede aplicársele por remedio, aguachirles, tisanas de verdolagas, cataplasmas de maguei, caldo de caracoles y aguas tibias.

Sí, como dice San Basilio, el mayor tormento del diablo, es no poder amar ni ser amado, ó no experimentar la delicia de hacer el bien, que él no conoce, tendremos que la mayor parte de los ricos son unos diablos en pequeño, ó unos pobres diablos en grande.

Lo primero que hace el pobre cuando de repente se ve rico, es olvidarse de sí mismo, aun antes de olvidarse de los demás.

Hay una multitud de reputaciones establecidas, que valen tanto (y acaso menos) como las de aquellos que nunca han establecido ni podrán establecer la suya por su mala suerte.

La constitución de Venezuela ha sido con frecuencia como los guantes que no vienen á todas las manos, sino á las que les conviene.

Ha habido hombres que fueron honrados hasta el día en que fueron llamados á serlo.

Hay mujeres como hay violines, que siendo los más feos, son los que suenan mejor.

Las viejas madres se asemejan á los directores de orquesta, que no tocan instrumentos; pero llevan la batuta.

Los envidiosos se parecen á los niños en el modo de acometer, y al diablo, en la intención de dañar.

Casi siempre los malos matrimonios prueban la corrupción de los consortes.

Los envidiosos son los únicos criminales que nunca pueden ocultar el delito, ni justificar al delincuente.

La filosofía sirve para hacernos ver que podemos ser felices, cuando ya no lo somos.

Un viejo puede dar amor pero no placer; y el que diere, ni tendrá mérito ni es de agradecerse.

Así como todos los gobiernos serian justos y útiles, y acatados, así también todos los matrimonios serían felices, prósperos y poéticos, si todos los consortes supieran ser racionales y prudentes.

Si convenimos, como debemos convenir, en que todo lo hace Dios, no engañándose, ni pudiendo engañarse, también debemos convenir en que lo mejor es lo que sucede, y lo perfecto lo que sucederá.

Son muchas las dotes que se necesitan para ser un gran guerrero, un gran legislador, un gran médico, abogado, artista, poeta, etc., y muy pocas las que se necesitan para hacer un gobierno justo, y un matrimonio feliz.

De todas las lágrimas que derraman el egoísmo y la hipocresía, son las de los enamorados las que tienen más puntos de contacto con las del cocodrilo.

Llamamos débiles á las mujeres, siu advertir que nunca nos ha tocado á nosotros, como á éllas, la dificultad de ser fuertes, ni el deber de resistir.

Siempre ocurrimos á la filosofía, cuando ya no nos es útil ni nos puede valer. Por consiguiente solo sirve para consolar al que se acoge á élla; pero no para restablecerlo. Por eso ha dicho La Rochefoucauld que la filosofía triunfa de los males pasados; pero que los males presentes triunfan de la filosofía.

No es la virtud lo que los hombres envidian, sino los méritos. La razón es porque aquélla se alcanza con la simple voluntad, mientras que éstos son dones de la naturaleza; ó se alcanzan con supremos esfuerzos.

El hombre que no ama á una excelente esposa, merece por mayor castigo, enviudar de élla; y casarse con una de las peores.

El rico que pasa por tu amigo, y á quien, al fin, en fuerza de imperiosas necesidades, te ves obligado á pedir, podrá darte, y acaso generosamente; pero está seguro de que él pierde más de lo que te dá, porque se pierde á sí, y tú ganas menos de lo que recibes porque lo pierdes á él.

Aunque la pobreza y la virtud son compañeras, ésta amistad se pierde al fin, por culpa de la primera.

Cuando los pícaros elojian al hombre honrado, y los envidiosos aplauden el mérito, representan una comedia que bajo un disfraz mortificante les cuesta esfuerzos supremos. Esa hipocresía tiende á evadir el descrédito en que los pondría un detractación descarada; tiene en fin por causa el recurso de que la falta de disfraz muestra sobra de animadversión, esperando para manejar las armas de mejor modo, y en más oportuna ocasión.

Los sepulcros no nos inspirarían ese pavor secreto, si creyéramos firmemente que la muerte es el término definitivo y eterno de ambas vidas.

Una vieja enamorada se asemeja á un pordiosero andrajoso que pide limosna llorando; y un viejo, á un pobre que ofrece villas y Castillas.

La prosperidad pervierte á los buenos corazones y endurece más á los malos; los placeres los pudren; las desgracias los enflaquecen; la pobreza si no los envilece, los empaña, si no los enloda los ensucia, si no los mancha los rompe; la política los arranca, trayéndose consigo las entrañas; el amor, los afirma ó desquicia; el interés los cambia por otros, el odio los oscurece... la envidia se los lleva al infierno, donde el diablo los pone como antorchas de sus altares, ó de doctrina de su escuela.

Entre el amigo pobre y el que se ha enriquecido, el lazo de amistad que los une, si no se rompe es porque no es muy estrecho, y si no se desata es por demasiado flojo.

Muchos hombres que no han servido para nada como amantes, han sabido hacerse valer como maridos; y viceversa.

Muchas veces el odio que tenemos á ciertas personas, proviene de que éstas no han querido ni solicitar nuestro afecto, ni acoger el amor que secretamente les teníamos, y aun deseamos brindarles.

Tal difícil es que desaparezcan del mundo los falsos demócratas, como lo es el que aparezca en él la verdadera democracia; porque la presencia de ésta causaría la ausencia de aquéllos.

La recompensa de amor que una joven seducida por la gratitud ó el interés puede dar á un viejo, se asemeja á los honores que se tributan á un soldado después de su muerte, en recompensa de lo que hizo en vida.

La civilización del siglo XIX, se asemeja á la luz del cohete, que va alumbrando adelante, y oscureciendo detrás.

No hay quien no tenga una sangre más ó menos liviana, y una presencia más ó menos distinguida, si lo que hace liviana la sangre y distinguida la presencia, son poco más ó menos cien mil pesos; pero si son onzas, sea quien fuere, le está prohibido en absoluto dejar de ser, si nó un Dios un angel... y si nó un angel, un magnífico sujeto.

No es que las mujeres sean más débiles que los hombres, sino que sus debilidades nos causan doble impresión ; precisamente porque estamos acostumbrados á ver que resisten con más enerjía, ó ceden con más razón de la que tendrían los hombres.

Muchas veces creemos en público un grande y delicado sentimiento de amor, lo que en privado acaso no es otra cosa que un secreto capricho de la carne.

Es un secreto júbilo para los pillos, y un consuelo para los que han delinquido, la vista de un hombre que ha pasado de la dignidad con que sostuvo su honor y sus méritos, á la bajeza y deshonra.

El amor de padres á hijos, y el de hijos á padres, no sólo reemplaza el ya paloteado del marido á la mujer, y de la mujer al marido, sino que es un escudo fuerte contra el tedio y la discordia ; sin contar que no sólo puede ser el sostén, sino hasta el regenerador del primero.

Más vale por hambre pedir limosna con humildad, que por interés y ambición recibir grandes mercedes y favores que humillan.

En general, no con intención sino por olvido y ofuscación, más aplaude la sociedad las gracias de una mujer rica y del gran mundo, que las más acendradas virtudes de una mujer de mérito, pero oscura y pobre.

A cada paso encontramos cierta clase de esclavos que tienen más espíritu de independencia y dignidad que sus propios amos.

La mayor parte de los que ejercen la caridad en privado lo hacen con la esperanza de que el secreto se descubra, gracias á la habilidad con que se urde la trama.

Si es cruel tener hambre y carecer de alimentos, no lo es menos tener que comer y vivir con desgana.

Las Repúblicas hispano americanas tienen todo del reino de Plutón, y nada de la República de Platón.

El sentimiento es el mejor diccionario mudo del verdadero amor ; para la expresión de la palabra sería necesario el lenguaje de los ángeles.

Con más paciencia sufre el hombre el ataque á sus más grandes intereses, que la privación de sus más pequeños vicios y pasiones.

La caridad de los ricos, ó su generosidad, son regularmente un compromiso de la ostentación, un temor á la maldicencia de la indignación, y casi siempre un secreto camino de interés que ellos solos entienden.

Los libertinos y seductores son una especie de criminales impunes que tienen en la sociedad elegante el privilegio de no recibir el castigo merecido, porque, como dice Larra, la víctima no echa sangre.

La humanidad se queja de la humanidad, sin reflexionar que cada uno de por sí, y todos en general, hacen y obligan á hacer su propia injusticia y desventura.

El dinero es para el amorlo que el aseo y pintura para las casas viejas: se están cayendo, y parecen nuevas.

A los jóvenes pobres y á los ricos libertinos causa siempre un despecho singular el ver una mujer bella y de mérito enamorada de un tonto; pero buen mozo, ó de un feo; pero rico.

Los ricos son vistos con rencor, no por el dinero que tienen, sino por el que no dan.

Hay varias especies de ignorancia: la vulgar, que es inocente; la del poderoso, que es provocativa; la cándida del petulante; la del *dollar*, que es soez; y la atrevida, que es la ignorancia que sabe.

Cuando el hombre á la mujer, y la mujer al hombre con más frecuencia llegan á fastidiar, causan una enfermedad que se cura con aquel aforismo: *Similia similibus curantur*.

No basta, para ser buen cristiano, adorar al Cristo, defender su iglesia, sostener su doctrina y predicarla. Lo que importa es practicarla en favor del prójimo.

La vanidad del rico puede corregirse instantáneamente con solo quitarle el dinero; la del fatuo también, cortándole la cabeza, donde reside el mal.

No se puede ser prudente con el amor, ni defenderse de él con energía, sino antes de la invasión ó después de la retirada.

Cuando un hombre de corazón, y honrado, una vez ha tomado la resolución de vengarse, ya no dudará el unirse á los malos, si con ellos encuentra el medio, ó le sirven de instrumento para llevar á cabo la venganza.

Los progresos del amor se asemejan á esas bombas que hacen los niños con agua de jabón, que revientan cuando los colores son más bellos y mayor su tamaño.

En la justicia humana y en las sanciones del mundo, la virtud se lleva todos los elogios, y el dinero todas las ganancias.

Predicar virtudes es con frecuencia, y en muchos, un medio muy fácil y cómodo, muy traqueado y conocido; pero desgraciadamente muy eficaz para hacer creer á medio mundo de cándidos que se posee lo que se predica; y para recoger el fruto de la prédica.

La razón muda de formas y materia, de aspecto, superficie, fondo, sabor y color, según las pasiones que reinan, los intereses que dominan, y los vicios á que se obedece para establecerlos.

Los ricos gozan de los placeres como enfermos, convalecientes; los pobres como buenos, enfermizos

No envidiamos la virtud de los otros porque nos haga falta, sino porque nos hace peso; y la atacamos cuando nos hace sombra.

Hay ciertas virtudes en ciertos hombres, que vienen á ser como los grados y condecoraciones en esos militares de parada y cuartel en paz, que nunca han entrado en combate; y cuyo valor es dudoso ó desconocido, por no haberse probado en el peligro.

Ciertas atenciones que algunas veces el rico prodiga al pobre, nacen de la certidumbre en que está aquél de que éste no pide, ó de que no es á él á quien va á pedir.

El día en que se inventaron los espejos debió ser de duelo para los feos imparciales, y de fiesta y dulce sorpresa para los fatuos y coquetas.

Más injusticia hay en el desprecio del sabio al ignorante, que en la indiferencia y falta de admiración del ignorante por el sabio.

El llanto de los herederos son los anteojos de vidrio negro tras los cuales los ojos de la alegría centellean sin ser vistos y sin dejar de serlo.

El pudor es relativo y temporal, pues que existiendo fuera de condición y tiempo, desaparece después de la causa.

Cuando cae el poder, y cesan los disturbios políticos, entonces aparecen como los jugadores de carnestolendas el Miércoles de Cenizas, como máscara de disfraces que vuelven á casa después del baile, ó como naves en seco los personajes que solo tuvieron habilidad entre los tontos y talento entre los pillos.

Cuando un viejo casado con niña oye hablar de los cuernos puestos á un joven marido, ó debe decir con alegría: mal de muchos consuelo de tontos, ó exclamar con dolor: si el justo apenas se salva, ¿ que serán los pecadores ?

En el desprecio con que los sabios ven á los ignorantes, tiene menos parte la convicción de la superioridad, que el despecho de ver que éstos no pueden medir hasta dónde y por qué son aquéllos superiores en mérito.

La locura inocente de Don Quijote, no persuadió á nadie: la de muchos Quijotes, á pesar de ser más extravagante y perniciosa que la de aquél, ha logrado persuadir pueblos y generaciones, y permanecer durante siglos.

Tenebrosa noche cubre nuestra alma, y la llena de inefable amargura, cuando de un ser que creíamos digno, y que amamos de todo corazón, llegan inesperadamente noticias de anteriores vilezas que ignorábamos, ó descubrimos en presente lo que envilecería nuestro amor.

La riqueza adquirida repentinamente es el verdugo advenedizo de las antiguas amistades, que se transforman en víctimas sorprendidas ó improvisadas

Habría sido más fácil curar á Don Quijote de su locura, que persuadir á muchos juiciosos de los errores de su buen juicio y sabiduría.

Lo que de un gran amor queda en el alma, á la aparición repentina de los celos fundados y el desengaño asolador, se asemeja al ruido sordo que queda en los oídos, después de un recio repique de campanas.

Con las lecciones y ejemplos de la historia, sacan mucho menos provecho para corregirse los pueblos y sus gobiernos, que los niños con los cuentos de Ratón Pérez y la Cucarachita Martina; á éstos, cuando son hombres, les quedan siquiera los dulces recuerdos de la infancia: aquéllos no sacan de la historia ni el consuelo de sus desgracias en la vejez.

Sucede con frecuencia que un hombre no haría tan bien ciertas cosas, si no fuera tan estúpido.

Casi no merecería el título de mujer, aquella con quien, siendo joven, pudiéramos preferir el cultivo de una grande amistad, al goce de un pequeño amorío, aunque fuese efímero.

Esa melancolía dolorosa que despierta en el corazón el recuerdo de juveniles años, y la ausencia de la felicidad pasada, es una lejana voz que nos advierte en medio de nuestras meditaciones, que todavía no estamos enteramente corrompidos por los desengaños, desilusiones y desgracias.

Los viejos que se casan con jóvenes, son locos ridículos del amor, mendigos leprosos del placer, que se introducen como profanos en el templo de Venus, cuando en él se han apagado sus antorchas para ellos; que entonces piden limosna á ciegas, la reciben á oscuras y la comen á tientas.

Los principios democráticos y partidos liberales de todos los tiempos, en todas partes, y entre todos los hombres, son como la sangre de chinche: de lindo matiz y de pestífero olor y pernicioso efecto.

A un gran número de personas en la sociedad damos buena fama y reputación, debido más á la costumbre de oírlo decir y repetirlo nosotros mismos, por rutina, que por saberlo de experiencia.

Si Cristo no fuera, como es, un Dios, sino un ser inventado, bastaría solo lo grandioso de la invención para adorarle como divino y amarle como religión.

La unión de dos corazones benévolos, es la más dulce de todas las felicidades humanas; y si no fuera por la ley fatal del hombre y su naturaleza, sería la perfecta.

El avaro es un fanático sectario de su propio culto, cuyo sacerdocio le predica ser únicamente Tántalo á su propia sed, Prometeo de su buitre, Ixión de su propia rueda, Falaris de su propio buel, Procusto de su propio lecho, Cristo de la cruz que él mismo se labra, y finalmente potro de su eterno tormento.

Cuando de la pobreza pasa el hombre desafortunado á la miseria, entonces caen sobre él las desgracias como sobre el asno macilento convertido en carapacho, caen de todos los muladares las bandadas de buitres.

En el amor libertino, el hombre se asemeja más al diablo que á la bestia, la mujer más á ésta que á aquél; pero en el verdadero amor, el uno siempre tiene algo de touto, la otra mucho de ideal.

Si los principios de la democracia, la diplomacia convencional, las prácticas liberales, la república genuina, las constituciones libres, el alma libertad, los pueblos soberanos, los derechos imprescriptibles de las masas pobladoras, los ilustres americanos, los regeneradores, jefes, centros y directores, las legislaturas y elecciones populares, los libertadores, grandes demócratas, leones de Payara, soldados sin miedo, en fin si los godos y los liberales se *implantarán* en el cielo, al cabo de un bienio, ó á lo más de un septenio el tal cielo se convertiría en un infierno, Dios en satán, los angeles en diablos, y la gloria celeste se acabaría, para dar lugar á los colchones de laureles que traerían por resultado estatuas, ovaciones, fiestas nacionales, bustos de Mandinga, medallas de Astaroc, rotundas, Bajos Secos, tramojos, tomas, retomas y entradas de héroes al dulce lamento del eterno "*viva el bravo pueblo.*"

Con la aristocracia y la democracia, con los nobles y plebeyos, los ricos y los pobres, con las repúblicas y monarquías, con los fanáticos y ateos, con los tiranos y los libertadores; y en fin con los godos y liberales, no sabe uno con cuál quedarse, porque al cabo entre ruin ganado no hay que escoger.

La pobreza es un cencerro atormentador y escandaloso que después de espantar echa de su propio puesto hasta el mismo perro que lo arrastra.

Al hombre más pícaro, pudiérasele confiar en ciertos casos el dinero ageno, de un indiferente ó enemigo, por aquello de: *al ladrón hacerlo fiel*; pero al más honrado no es prudente confiarle la mujer del mejor amigo, por aquello de: *entre santa y santo pared de cal y canto.*

Si no hay Dios no quiero saberlo; no obstante estaría dispuesto á dar lo que no tengo á quien me diese no palabras, sino la prueba evidente de ello.

El amor es un secreto que para los libertinos no es sino la curiosidad de asistir al mismo drama de siempre, que se llama: *el secreto á voces.*

Los hombres en el amor, ponemos á las mujeres rodeadas de flores, para apresarlas como á incautas mariposas; y ellas nos fabrican en el matrimonio jaulas de hierro para encerrarnos como fieras.

No contemples á Cristo, si quieres, como Dios: que el solo hecho de no adorar á tan grande hombre, es ya una prueba de estúpida petulancia, y de mal corazón.

Si los pobres fuéramos más avisados y maliciosos, seríamos los primeros en abandonar á los amigos que se han enriquecido, siquiera para tener sobre ellos la ventaja de habérnosles adelantado en la operación.

Si no hubiera Dios, sería preciso inventarlo, dice Voltaire; pero aunque ésto es cierto, la habilidad del arte y el genio de los hombres, no habrían bastado para inventar un Dios tan sublime como Cristo.

La adversidad es la mejor escuela para aprender el arte de ser feliz; es decir, el arte de dar su verdadero valor á las cosas del mundo. De esta escuela saldríamos consumados maestros, si no fuera porque esa misma adversidad ofusca la razón, para juzgar con medida y prudencia; y más si la prosperidad viene en ayuda para hacernos olvidar fácilmente lo que en el dolor habíamos aprendido.

No es tan solo que nosotros engañamos á las mujeres, ni menos que ellas se dejen simplemente engañar, sino que confiadas en el amor de Dios, á falta del amante esperan llegar á Roma, exclamando con César: *Alea jacta est*.

En Venezuela es mucho y con frecuencia demasiado lo que se quiere; y con más frecuencia poco, ó siempre nada, lo que se puede.

El empleado venezolano debe tener siempre listos en la espalda de la silla el sombrero, los guantes blancos y la casaca alquilada, para cada viva al bravo pueblo que se entona en sus fiestas de difuntos y actos de cobardía con que se celebran sus cosechas de laureles.

El que ama por solo el placer de amar, no podrá experimentar en éste la verdadera felicidad, ni su delicia verdadera; y cuando cesan uno y otro, ni el verdadero dolor.

La máscara con que el envidioso pretende disimular aquella *tristeza del bien ajeno*, es una jaula trasparente y quebradiza, dentro de la cual fácilmente se alcanza á ver el buitre devorador que deja oír su graznido.

El interés es la más frágil barquilla en que se embarca la virtud, cuando la obliga á navegar la pobreza; el amor su más tempestuoso océano; salvarse de éste, ó en aquélla, es su más espléndido triunfo y su más brillante gloria.

El sentimiento religioso es la única nave en que puede salvarse el hombre, en ciertas catástrofes de la vida.

Dejar de hacer un bien habiendo podido, equivale á hacer un mal, que no se ha hecho.

Una mujer verdaderamente honesta y virtuosa, si además es bella é inteligente, ya no es un tesoro, sino una tesorería inagotable; y como ya hemos dicho, no solo un ángel para el hombre de corazón, sino un diablo para el libertino.

El pobre que ha sido amado verdaderamente, aunque sea de una sola mujer y una sola vez, debe estar mil veces más satisfecho, que el rico que lo ha sido siempre de todas.

Los ateos son los hombres más descuidados en dejarse sorprender á cada paso en su distracción, al dejar ver que creen en todo, precisamente cuando más se afanan por hacer creer que no creen en nada.

El matrimonio tiene entre sus muchos deberes, el de imponerse la creencia de que una mujer nunca fastidia; y con frecuencia se llena el expediente con esta ilusión.

Hay un hombre sabio, filósofo profundo, conocedor del corazón humano, serio, adusto, severo, circunspecto, grave, honorable, político, urbano, ceremonioso, delicado, lleno de tacto en sociedad, rígido de costumbres, físico, político, retórico, teórico, práctico y poético; pues si lo vieras alguna vez en la vida, qué payo é inhábil, qué burdo y á destiempo enamora á la sirvienta que le desploma con desmán... si vieras qué mal queda á ocultas, y á oscuras, en la cocina, quien brilla á las claras y públicamente en el salón.

Los enamorados embusteros no tienen vergüenza de ser cogidos en el embuste, sobre todo cuando ya no tienen necesidad de seguirlo diciendo.

De nuestros grandes hombres, unos son *gran cacao* y otros *gran guarapo*.

El verdadero tonto es aquel que sabiendo que lo es en algo, no lo corrije.

Enseñar al que no sabe, es una de las obras de misericordia; pero á veces es necesario pedir ésta, por haberla cumplido.

El mundo nunca estará perdido, ni echado á perder, para aquellos á quienes en él va bien; ni hay género de prosperidad general, que lo haga ni aun pasable, para los infelices y simplemente descontentos.

Ya que Dios hizo tantas cosas, como el hombre, admirablemente bien, pero malas, ¿por qué no las haría tolerablemente mal, pero buenas?

Si la razón y los ejemplos valieran algo para corregir los vicios, bastaría el ver en los otros sus efectos.

Para como es á veces la vida, más valdría que Dios hubiese sacado la nada de todas sus cosas.

Entre las pocas pasiones que quedan á la vejez, las únicas violentas, son las del dinero y la lascivia.

Así como las más débiles, pero las más altas y violentas llamaradas, son las del cabo de la vela que ya se acaba por falta de sebo. Así la lascivia es más escandalosa en la impotencia de la vejez.

Hasta los enamorados libertinos, pudieran cumplir su palabra; pero cumplir sus promesas y realizar sus programas los políticos, como ser sinceros los diplomáticos, ¡nunca!

Cada nuevo amor, es una nueva fábula del corazón. Con la misma moraleja; pero en diverso estilo según el asunto.

Qué imágenes cruzan por el pensamiento! qué ideas por la imaginación, al ver un viejo casarse con una joven, que el viejo quiere hacer lo que la joven no hará, que la joven hará lo que el viejo no quiere hacer; que lo que ella quiere, es lo que él no puede; y por consiguiente, ella no puede lo que él quiere; es un peso desigual en movimiento forzado, en que el uno baja cuando el otro sube.

Como la ciencia diplomática no es en el fondo sino la del derecho negativo de las naciones fuertes, y el positivo de los fuertes sobre los débiles, resulta de ello que el mejor guía del diplomático, es el refrán que dice: en tribunal de gallinas, cucaracha no tiene razón. De consiguiente, para ser un gran Bismarck, ó un gran Napoleón, basta ser cauciller en ese tribunal, ó dueño del gran ejército.

Los viejos que quieren saber qué cara tienen ellos cuando ven á las niñas, no tienen sino ver la de las niñas cuando ven las suyas.

Hasta los salteadores, asesinos, incendiarios y prostitutas, tienen su especie de honor que defender.

La idea de todos los demócratas nace de aquel mandamiento del cura: haz lo que te digo, y nó lo que yo hago.

Para amante, lo bueno ó lo mejor; para marido hasta lo pésimo.

Si Dios no sufre con el mal, se divierte con él.

Los placeres de los matrimonios vulgares son una especie de tinajero en casa, que pronto apaga la misma sed que había.

El amor comienza por un trágico sainete, y termina por una cómica tragedia.

El oro que sabe dar todos los colores á lo más pálido, y á lo más desabrido todos los sabores, sabe también cuando quiere, desteñir los unos y corromper las otras.

Más valen libros en blancos, que muchos libros escritos.

El amor es una enfermedad que se cura en su lecho de muerte.

Las grandes vías se unen entre sí, como lo están los cinco océanos, los pequeños van casa de los grandes, como los ríos á la mar; mas los pobres entre sí se unen, ó van unos á los otros, como los *mochos se juntan*, para rascarse el uno al otro mutuamente.

Los pobres se asemejan á los asnos ruines, que solo á pa-pueden marchar en la escabrosa senda de la vida.

La fortuna de Venezuela es para los buenos, una rueda sin rueda, porque hace tiempo que se ha detenido, es cuando que los malos *se cuadren*.

Hay un número considerable de mentiras convencionales, que corren en el mundo sin cesar, como el sol y el pan de cada día, como los ríos sin agotarse. Estos amables embustes que son en realidad el ideal á que aspira nuestro egoísmo, y que pueden también considerarse como el resuello de nuestra vanidad, el ardor de nuestros deseos y el remedo de nuestros ensueños; son las pulsaciones intermitentes de nuestro ilusorio orgullo. Tales embustes son indispensables al hombre, porque sin la esperanza que ellos involucran, su existencia se anegaría en el fondo de las verdades filosóficas, y de consiguiente se haría más desoladora de lo que élla es en sí. Son dulces majaderías que aceptamos no solo por costumbre, sino también porque buscamos institivamente un consuelo en nuestra voluntario engaño.

No nos resolvemos á penetrar el fondo en que está la realidad de la humana farsa. ¿Y qué se adelantaría haciéndose de la excepción, y perdiendo ese recurso del alma, que además es la regla universal y eterna ya establecida por una urbanidad convencional ?

Por tanto es necesario endulzar la vida con los siguientes engaños, oyendo por ejemplo :

Que el hombre es la imagen de Dios, y un destello de la divinidad.

Que la virtud triunfa al fin, y es recompensada ; y que el crimen tiene su castigo.

Que la historia dice la verdad ; y que de decirla sirve de saludable ejemplo y lección á la humanidad.

Que los pastores son inocentes.

Que al infierno se baja, y al cielo se sube.

Que el cielo tiene puertas, las puertas llaves, las llaves de oro, y que el oro es una gran cosa en el cielo, teniendo el mismo valor que en la tierra, corriendo allá á la par.

Que San Pedro abre esas puertas para dar paso á Bolívar, á Washington, á Damón y á Pitías; como á Guzmán y á.....

Que hay infierno, y que de haberlo no están allí todos los que ya por sabido callamos.

Que hay democracia y demócratas ; que hay liberales de verdad, y repúblicas implantadas.

Que en las repúblicas hay elecciones y constituciones.

Que hay ateos de veras, y de buena fé.

Que todos los hombres por ser hijos de Dios son iguales, y que de serlo lo sean ante la ley.

En la modestia y disculpa de los prólogos y principios de los discursos.

En el color, anchas caderas, pelo largo y piernas gordas de muchas mujeres.

En la barba, bigote y pelo de muchos jóvenes de sesenta años.

En la honra de muchos hombres honrados.

Que á ninguno le falta Dios.

Que Dios tarda, pero no olvida.

Que pagan justos por pecadores.

Que el justo á penas se salva, no digo los pecadores.

En la filosofía de la historia. En la filosofía. En la historia. En los historiadores. En los filósofos. En la medicina con los médicos. En los médicos sin la medicina.

En la cordura de muchos locos. En la locura de muchos cuerdos. En las tonterías de muchos vivos. En las vivezas de muchos tontos. En el dolor de los herederos. En la paz de muchos hogares. En la unión y concordia de muchas familias. En que los venezolanos somos un pueblo de libres. En que todos podemos alzar la frente, porque los hechos nos justifican. En que no tenemos nada que nos quiten, ni herida por donde resollar.

Que las mujeres dicen al cura todos sus pecados, sin dejar ningún residuo, y que de ellos se arrepienten.

En el principio y fin de las cartas: mi querido y estimado señor: su seguro y obsecuente servidor Q. B. S. M.

En las recetas contra canas, calvos y verrugas.

En que el hombre es el rey de los animales, cuando acaso es el último de todos ellos.

Que el diablo tiene rabo y cachos, y que tienta á los hombres.

En la legitimidad de los cigarros, cigarrillos, etc.

En que el mundo tiene hasta hoy, año bisiesto del septenio de Guzmán, cuatro mil doscientos treinta y dos años, once meses, trece semanas, dos días, seis horas, cinco minutos, y diez y nueve segundos y medio.

Que la tierra no más está poblada, y los astros no.

Que uno debe ciertamente todo lo que el comerciante apunta en su haber, y en que uno pagaría si no lo apuntasen.

Que hay quien no diga mentira ni calle verdades.

Que todas las reliquias son auténticas.

En la medicina. En la eficacia de los remedios, y en el acierto de los médicos. En que la justicia tiene una balanza, un peso y una vara con que mide la razón de los hombres. En la marcha progresiva de la humanidad hacia la perfección. En que el hombre es una emanación del barro, si no del barro, de Dios; si no de Dios, del mono. Para dominar á todos los animales, entre ellos á las langostas, á los mosquitos, zancudos, jejenes, chinches, pulgas, piojos, ladillas, basilos y microbios. En que los venezolanos adoran á Bolívar, en especial los bolivianos. En las píldoras de

Bristol, Haine, Morison, Holloway y Bolet. En creer que hay hombres que no creen en Dios. En creer que hay quien crea que uno cree en el diablo, y no en Dios. En la grandeza de muchos grandes. En creer que hay hombres que no roban, ni dicen mentira. En la nobleza de la sangre.

En maestros que enseñan francés en un mes, escritura en diez días, teneduría en quince, y la verdad en cien siglos. En que la honradez y las virtudes, son las que hacen estimables á los hombres, y no el dinero.

En creer que las mujeres no más son débiles, curiosas, conversadoras, cuentistas, chismosas, habladoras, falsas, cobardes, timidas, coquetas, y presumidas etc., siendo de todo ésto los hombres un inventario, un catálogo sin fin.

Y en otras mil cosas, que también sería sin fin enumerar.

La amistad verdadera sólo puede existir entre dos pobres, ó entre dos ricos; pero nunca entre rico y pobre: ésto es privilegio del amor.

El rico es visto con ojeriza en el vulgo, por el dinero que tiene; el poeta y el literato con burla, por la creencia de que no lo tiene, ni lo tendrá: los extremos se tocan.

No se puede ser enérgico contra el amor, sino antes del ataque, ó después de la retirada.

El salteador de caminos es mil veces menos criminal que el libertino, asaltador del hogar doméstico: aquél quita la vida y roba el dinero al que pasa; éste roba el honor, y mata el nombre de los que pasaron, de los que pasan y de los que pasarán.

Después de una crítica, aunque enteramente infundada, nunca volvemos á leer con igual juicio, ni menos con igual impresión, á un autor; lo que prueba lo débil del uno, y lo falso de la otra, en casi todos los lectores.

La manía del ateo llega á ser como la úlcera en el mono, que á despecho del dolor, la urga con sus propias manos, hasta el extremo de morir desollado por sí mismo.

La vanidad es la que ha atestado los estantes de malos libros.

La timidez del hombre produce en la mujer lo que el descaro de la mujer en el hombre: son dos malas recomendaciones en el asunto.

El que perdona á un ingrato, es un hipócrita generoso.

El avaro es un ridículo y antipático pordiosero de sí mismo, cuya miseria hace al vulgo reír ó indignarse.

Esa mujer que parece amar tanto, y tan románticamente á Pedro, habría hecho lo mismo con Juan, y también con Diego, si Diego hubiera llegado antes que Juan, y Juan y Diego antes que Pedro.

Aunque la pobreza y la virtud son tan amigas, su amistad acaba pronto; porque casi siempre la primera ofende la segunda, y la segunda rara vez sabe defenderse de la primera.

No ha habido, no hay, ni habrá un solo ejemplo de aquellos pobres que tan mal hablan de los ricos, que sigan hablando de la misma manera, y obren de una diversa, después de haber entrado en el gremio de los detractados.

Los santos aparecidos, reliquias, milagros, espíritus del otro mundo, indijetes, brujos, mágicos, agoreros, adivinos, profetas, espantos, espectros y apariciones de ultratumba, no son otra cosa sino rótulos alternativamente nuevos, en mercancías retrospectivamente viejas.

Todos conocemos el corazón humano, lo difícil es explicarlo; y más que explicarlo, ponerlo al descubierto.

Los fanáticos han hecho en todos tiempos más daño á la religión, que todos los ateos, herejes y libres pensadores que la han atacado, así como los falsos liberales han hecho más daño á la libertad, que todos los tiranos que la han cohartado.

Hay talentos en los cuales la palabra se esfuerza en hallar ideas, y otros en quienes la idea procura hallar las palabras.

Pues que palabras no son amores, tampoco buenos deseos á secas han sacado de apuro á nadie.

¿Qué haremos con tener escupideras de oro, si sólo es sangre, lágrimas, vinagre, veneno y hiel lo que escupimos?

Si, como dice César Cantú, la Francia es la segunda patria de todo el mundo, más cierto es que todo el mundo ha sido el fanático sostén de la Francia, por aquello de que: la mujer del César tiene que ser honrada.

Casarse con una viuda es lamer el plato frío donde el primer hambriento se comió el potaje caliente.

En Venezuela hemos llegado á no tener de la esperanza ni el cabo.

El mismo pueblo, que no se atreve á dar un solo paso para alcanzar el precioso dón de la libertad, por temor de añadir un latigazo más á las palizas de la servidumbre, se deja hacer pedazos por sostener al tirano, ó para no exponerse simplemente á sus iras.

Hay escritores que no sirven ni para hacer montón : como árboles con flores que nadie admira ni huele ; con frutos que no comen los hombres ni sirven para los animales, y sólo riegan el suelo de basuras que pronto barre el viento.

Al paso que un Rousseau pierde su tiempo en poesía, á los pies de las damas, un Juan Tenorio lo aprovecha en prosa entre sus brazos.

La mujer es una ave que canta siempre entre su jaula para que le abran la puerta.

Hemos visto con frecuencia en la sociedad individuos que siempre aparecieron dignos de una cosa, hasta el día en que la lograron.

Hay una reputación cualquiera ya tan establecida, como la gota de sebo sobre la cual podría pasar el océano sin siquiera rozarla.

Casi siempre lo que ha logrado la envidia es elevar lo que intentó abatir, como el hacha de cera de *tío conejo* contra el cerro de metal.

Los tiranos son una mala semilla que brota con facilidad á la sombra de los vicios; y éstos, una mala yerba que se extiende con abundancia á la sombra de los tiranos.

Hay deseos pequeños cuando el amor es demasiado grande, y deseos demasiado grandes cuando el amor es demasiado pequeño.

La Constitución de Venezuela, no es como la viña del Señor, dondequiera hay de todo; sino como los laberintos de Polanco, que dan lo mismo al derecho que al revés, y lo mismo de arriba á abajo, como de abajo á arriba.

Si la humanidad creyera firmemente en el diablo, ó por lo menos en Dios, el mundo sería un paraíso, y la existencia un cielo de beatitud.

No se puede amar mucho á quien se respeta demasiado ; casi nada si es hombre : muy poco, si es mujer.

Hay un gran número de amistades en la sociedad que no son otra cosa sino grandes antagonistas en secreto que se tratan al descubierto.

Los pobres no merecemos mucho, porque estamos acostumbrados á conformarnos con poco.

El más delicado estómago político ó diplomático, es capaz no sólo de tragarse una Guayana entera como si fuera el pan nuestro, sino también de tragarse un paraguas abierto, ó como dijo alguien: de tragarse un burro muerto sin siquiera *cructar*.

Los ricos están rodeados de los pobres, á semejanza de tres que duermen bajo una cobija corta: los de los lados se arropan y desarropan, mientras que el del medio siempre se halla á cubierto.

Al fin llegaremos en Venezuela al cabo de la buena esperanza.

Si reuniéramos los juicios y afectos de todos, resultaría que todos somos malos, y todos somos buenos.

Ya que en las cosas hay tanto de mentira sin nada de verdad, cuánto ganaríamos en que hiciéramos algo de verdad entre tanta mentira.

La humanidad desde el paraíso hasta esta mañana, no ha hecho, no hace ni hará otra cosa, que tejer y destejer como la eterna Penélope de esta tela misteriosa.

Hay talentos que necesitan de la sonda para que produzcan agnachirles.

Los libertinos son los embusteros de su amor, como los buhoneros de pacotilla, son los embusteros de sus mercancías y cachivaches.

La razón por qué entre Dios y el diablo los malos escogen de instrumento á éste, es porque el primero está oculto y desconocido en su cielo, mientras que el otro anda suelto, manifiesto, y al servicio de sus compinches en todos los agujeros del mundo.

La razón, la verdad y Dios se explican de tantos modos sin llegar á una solución, ó sin llegarlos á conocer, porque en la vida del mundo no existen: la razón y la verdad, porque nunca las encontramos; á Dios, porque nunca lo vemos.

Dios es para los hombres como la luna para la tierra: sabemos que tiene una espalda, pero nunca se la deja ver.

Un matrimonio puede ser bueno, aunque cesen los encantos del amor ; como puede una tela seguir siendo útil, después de desteñida.

Si nuestro deber se ciñera á dar únicamente á los que nos aman, bien disculpados estaríamos los ricos por no dar nada á los pobres.

Hay muchos hombres honrados que no sirven para otra cosa.

Si el amor es del alma, por qué la juventud no se enamora de la vejez ?

Cuando se nombran en todas partes los Ministros de Hacienda, á poco aparece la hacienda de los Ministros, y desaparece aquella.

Un marido que de todo corazón ama y complace en todo á una esposa digna de tal ascendiente, se asemeja á Roma después de conquistar á Grecia.

Con frecuencia nos sorprende ver acciones ó crímenes espantosos, en personas de quienes menos lo esperábamos ; pero esto lo explica bien el refrán : la ocasión hace el ladrón.

Hay crímenes y malas intenciones, que permanecen ocultos largo tiempo en una alma, como la carga tranquila dentro del fusil.

Muchos no han podido desarrollar toda la maldad de que son capaces, por falta de valor ó de energía.

Importa menos conocer los libros, que obrar conforme á lo que ellos digan de útil, sin haberlos leído.

Los buenos principios de los liberales del mundo, hasta hoy sólo han tenido malos fines.

Ya que no podemos vengarnos de los tiranos ; qué haremos para calumniarlos ?

En los países en que llega al extremo la corrupción de las costumbres y la corrupción de las ideas, sucede que lo bueno, lo útil y lo bello, principia por ser inútil, sigue por ser ridículo, y termina por causar vergüenza y ser perjudicial y deshonroso.

Los regalos de un viejo al amor se pueden ó no agradecer, según los envasados en que vienen.

En amor nunca entendemos por pruebas verdaderas ó dignas del nuestro, sino aquellas que lo ponen á peligro de perderse en quien las pide, y de desacreditarse en quien las da.

Es una contradicción desoladora ver que en una mujer virtuosa y de grandes méritos, no se pueda justificar el sentimiento de un noble y grande amor.

Siempre esperamos algo de la fortuna, por más que nos persiga ó desdeñe.

En política no hay más causa que la triunfante, más justicia que la que hace triunfar, más derecho que el de su causa, su justicia y su triunfo, más razón que la de la cucaracha en tribunal de gallinas, más escapada que la de la pulga.

La verdadera razón que rige al mundo parcialmente es la que triunfa de cualquier modo sobre la contraria.

El argumento más claro y convincente entre los hombres, no es el Evangelio, ni menos la lógica de Aristóteles y Quintiliano, sino aquel que como decía Carlomano: lo firmo con el pomo de la espada, y lo hago cumplir con su punta.

¡ Cuán dulces y duraderos serían los retozos del rapaz alado si permaneciera siempre ciego !

Mejor es no escribir nada, que escribir *nadas*.

Muchos no habrían encontrado tan pronto la muerte, si no hubieran buscado con tanto afán los medios de más larga vida.

Nunca descubras enteramente toda la grandeza de tu amor: deja siempre una parte oculta: tal descubrimiento al fin, ó disminuye el del ser amado, ó éste abusa del tuyo, ó se fastidia de él.

El temor que tenemos á Dios, por lo falso, nos enmienda tanto como el que tenemos al diablo, que al ser verdadero uno ú otro, ni nos llevaría éste, ni dejaría de salvarnos Aquél.

Bien considerado, el mundo se compone, en general, de opulentos con comida, casi sin hambre; y de míseros con hambre, casi sin comida.

La vanidad de un tirano está pared por medio con Satanás.

Un buen amigo, pero que aun no se ha puesto á prueba para valuar su amistad, es como el fusil cargado que se lleva al hombro en todas partes: el día que te descuides puede escapársele el tiro.

Los placeres del matrimonio, aunque tan prolongados, vienen á ser en el drama del amor la *petite pièce*, ó el *sainete* de sus ilusiones.

La riqueza es una bella dama que los pobres envidiosos vivimos denigrando porque no nos ha amado.

Así como en algunos matrimonios podemos preguntar: esta mujer será el hombre? este hombre será la mujer? Así en la política debemos preguntar á veces: este libertador será el tirano? este tirano será el libertador?

La vanidad, cuando es excesiva y de conciencia profunda, tiene en su propia satisfacción una especie de virtud, y es la de no dar lugar á la envidia hacia los demás.

Predicar virtudes es también un medio de hacer creer á los demás que se poseen las que se predicán.

Lo único verdaderamente digno de admiración, no es lo que sabe, sino lo que ignora el hombre.

En un momento quiso Caracas hacer lo mejor y lo peor: lo primero, en querer matar á... y lo segundo en no haberlo hecho.

La libertad desenfadada no se asemeja al corcel que corre, sino al asno que corcoba.

Dos viudos que se casan, son dos ciegos con vista que se tropiezan adrede en un camino ya conocido, en el cual cerraron los ojos que ya tenían tan abiertos, para quedarse de nuevo, como se dice vulgarmente, con los ojos claros y sin vista.

Son pocas las entradas de la política, por donde se pueda salir honradamente.

Si los liberales son un paraíso de demonios vagamundos, los oligarcas son un infierno de ángeles malignos: cuando no es San Miguel con la espada sobre el diablo, entonces es el diablo con maracas sobre San Miguel: los unos piden la vida, los otros la bolsa, y cuando los unos ríen, los otros resongan, y la razón es la ya sabida, á saber: que los unos son la taberna, los otros la inquisición: escojan Torquemada y Juan Tenorio.

La política es una profesión poseida de varios furores : el furor de especular en el Gobierno, y por consiguiente del furor de gobernar ; del furor de la venganza, de la discordia, de la envidia, de los empleos, de los títulos, grados, condecoraciones, medallas, bustos, diplomas, cintas y perendengues ; del furor mazónico, nihilista, anarquista y carbonario ; del furor demagógico, oratorio, militar ; del furor de saber sin estudiar, de tener sin trabajar, de escribir sin haber leído, de enseñar sin haber aprendido ; del furor de estas tuas, ovaciones, triunfos, apoteosis ; del furor de jugar, matar, incendiar, hacer traición, falsificar, mentir, perseguir, pelear, murmurar, adular, espiar, delatar ; del furor revolucionario.

Es posible que al pobre se le trate con atención, y si cabe, sin desprecio ; pero jamás con distinción, y acaso con aparente aprecio.

Con frecuencia vemos en el comercio estravagante de los afectos, que la grosería ó estupidez, la indiferencia ó severidad, la ignorancia y la bajeza, y hasta la crueldad del maltrato, son el estiércol con que un hombre abona y cultiva el amor de una mujer.

Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella disgrazia. Es cierto ; pero el único bien perdido, la única felicidad gozada cuyo recuerdo nunca nos hace sufrir, son los que nos brindó la mujer que ya no amamos. De ella es el recuerdo una sombra que no nos turba, un eco sin lamento : lo que nos dió ayer no tiene interés hoy, ni deseamos mañana que nos lo vuelva á dar.

Para la mujer que llega á fastidiar no abrigamos ningún género de sentimiento, ni aunque consuele el del amor perdido : la aversión que inspira es tan injusta y cruel, que no sólo excluye el de la amistad y estimación, sino que imponiendo absoluto olvido ó repugnancia, no dá lugar ni á la piedad.

Gracias al Creador que el *de gustibus nihil scribendum*, nos ofrece el consuelo de ser menos feos y antipáticos de lo que nos prueba el espejo.

Malo es ser bueno, pero pobre ; porque según las leyes del mundo y de las sociedades cultas, mejor es : ser malo, pero rico.

El secreto deseo que tenemos de hacer á ciertos amigos iguales á nosotros, es la mejor, la más noble y la más dulcendancia de la verdadera amistad.

La esperanza tiene tanto influjo sobre nuestros deseos, como el temor sobre nuestras creencias.

Si el oro no es el remedio de la deshonra, es por lo menos el único calmante.

Sucede con los ateos y los fanáticos, lo que con los ricos y los pobres, la nobleza y la plebe, la aristocracia y la democracia, el matrimonio y la soltería; finalmente, como con los liberales y los godos: no sabe uno á veces cuál escoger de tan ruin ganado, ni con cuál quedarse.

Las mujeres, aun más que los hombres, son más inclinadas á enamorarse de lo malo, que á amar lo bueno; pero así como en lo primero descienden á la nada con frecuencia, en lo segundo se elevan á una esfera á que no llegan los hombres.

Puede decirse que el amor es un mutuo egoismo de dos, en que cada uno, trabajando para sí, crée trabajar para y por el otro.

En algunas catástrofes y desgracias que inesperadamente nos agobian, hay cierta dulce voluptuosidad que arroba el corazón en medio del dolor, de las lágrimas y de las tristezas; y es la de descubrir sensiblemente al alma, que amamos á los nuestros aun más de lo que habíamos sabido y experimentado hasta entonces.

Una excelente reputación adquirida con largos años de pruebas y ejemplos, puede quedar destruida en un momento aciago por una fatal imprudencia, al paso que otra de desafueros y escándalos puede quedar absuelta para siempre al favor de un momento feliz bien aprovechado.

Como porque toda regla tiene excepciones hay pobres felices y ricos desgraciados, así también hay cristianos perversos y moros virtuosos, victorias que oscurecen y derrotas que ilustran, favores que arruinan y alabanzas que deshonoran, odios que enaltecen, amores que desacreditan, amigos que perjudican y enemigos que enseñan, hombres que dan honor á la mujer, y mujeres que lo quitan al hombre, bien que multitud de pobres, siempre dan y ricos que nunca.

Todos los espejos mienten, á lo menos un tanto, ante la vanidad de quien en ellos se mira.

Hay multitud de escritores que no solamente no saben escribir, sino también que no saben lo que escriben.

Libertad es la palabra más odiosa que resuena en los oídos de los tiranos.

El dolor del envidioso procede de una causa tan rastre-
ra que siendo tan oscuro, en vez de inspirar compasión, in-
digna hasta el extremo de complacerse el prójimo en el au-
mento del uno, y en el martirio del otro.

En las sociedades bárbaras, las mujeres á quienes lla-
mamos débiles, morigeran á los hombres; en las civilizadas,
los hombres, á quienes llamamos fuertes, corrompen á las
mujeres.

Nacen hombres para crear, otros para destruir; unos
para hacerlo todo, otros para no hacer nada; éstos para avan-
zar, aquellos para impedir: mas en general, todos nacemos
para quitar si nó pedir; muy pocos para dar, y poquísimos
para dar algo de importancia que se pida.

Así como hay enemigos cuya guerra nos abate ó entriste-
ce, y con quienes ocultamente deseamos tranzar, tanto los
hay tan odiosos ó despreciables que de ellos nos pesa el arre-
pentimiento, por no vernos obligados al deber de perdonar,
despojándonos del derecho de seguir con razón en la volup-
tuosa vulgaridad de maldecirlos sin tregua.

Mujeres hay de tanto prestigio, que ya que con ellas en
amor no logramos la primera medalla, nos conformaríamos
siquiera con la mención honorífica, ó con el accessit sólo, ya
que no sea con el premio in solidum ó el hors de concours.

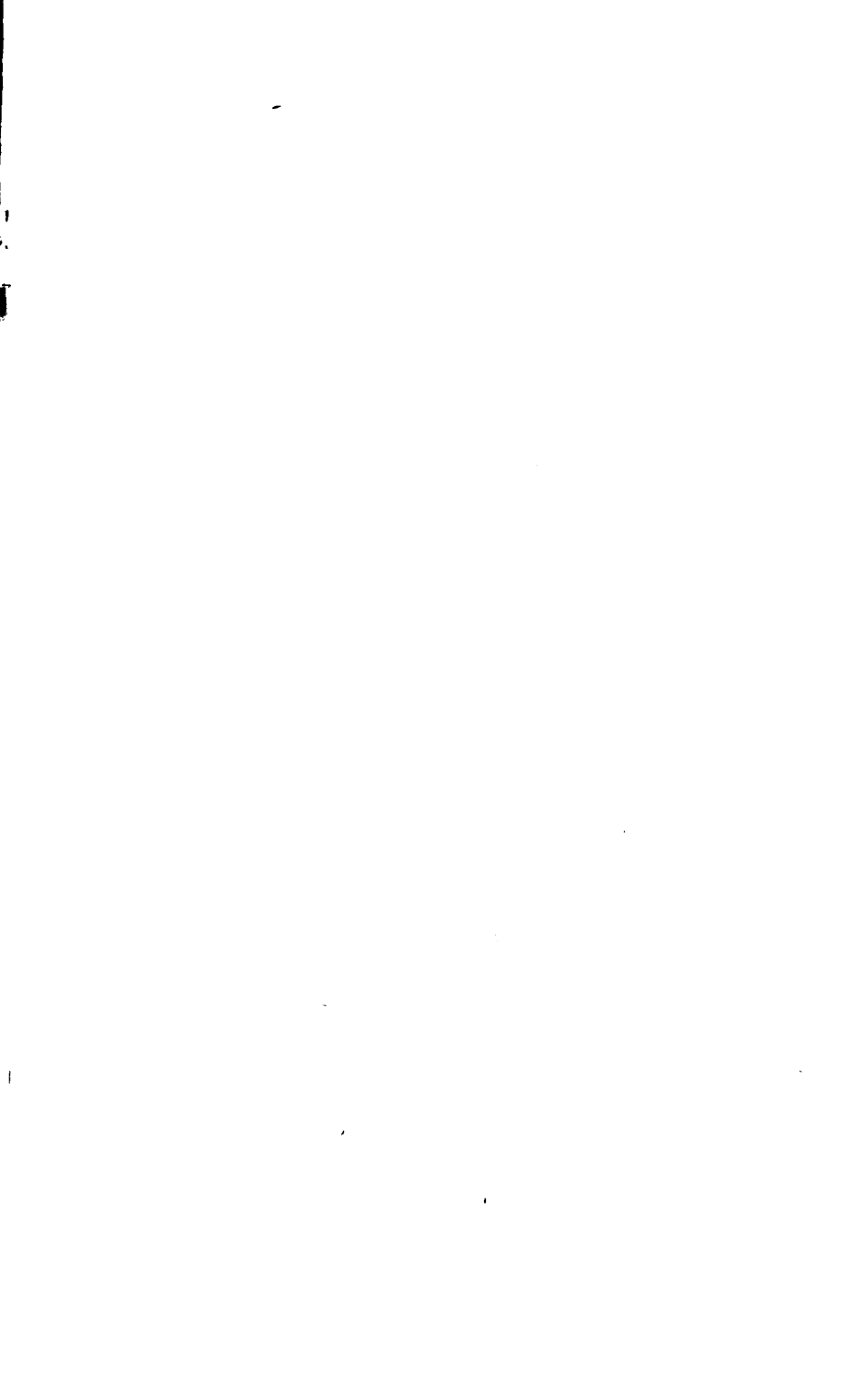
Si no fuera por la tuerca opresora de la condición so-
cial, los imperiosos errores de la costumbre, el grito atrona-
dor del lujo que hunde el trapo en el abismo y sobre todo,
el ascendiente deslumbrador de la ilusión, sucedería que á
cada paso viéramos mujeres por esas calles, á quienes,
quitándoles la canasta de la cabeza desgrenaada, los trapos
sucios del cuerpo idem, y del talante el sombrío desprestigio
de la pobreza vulgar, les pusiéramos la pompa de los ata-
víos, el brillo de los diamantes, las colocaríamos en el regio
salón, las llamaríamos en lugar de Maritornes Ducieas, y
en vez de Gabina Angélica, aparecerían entonces como su-
periores á l'éclatante beauté del antiguo St. Germain.

A veces un amor legítimo y aplaudido de toda la socie-
dad, ha parado en más escandaloso, causado más desgracias,
y dado más vergüenza que el más reprobado por todos y por
por todo en su principio.











GAYLORD

BROS., INC.

Manufacturers

Syracuse, N. Y.

Stockton, Calif.

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C038922265

